El Cavallero

a 00003 549565

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

862.8
T2551
v. 20
no. 17

00103

This book must not be taken from the Library building.

COMEDIA FAMOSA.

EL CAVALLERO.

DE DON AGUSTIN MORETO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

D. Felix de Toledo, Galàn. ⁂ *Doña Ana Enriquez, Dama.* ⁂ *Manzano, Gracioso.*
D. Lope Enriquez, Galàn. ⁂ *Doña Luisa de Ribera, Dama.* ⁂ *Martin, Criado.*
D. Diego de Ribera, Galàn. ⁂ *Inès, Criada.* ⁂ *Dos Hombres.*
D. Juan de Toledo, Barba. ⁂ *Leonor, Criada.* ⁂ *Musicos.*

JORNADA PRIMERA.

Salen Don Felix, y Manzano de camino.

Manz. JEsus! Jesus!
Felix. Què te espantas?
Manz. Aun no creo que aqui estès:
què este es Madrid? què esta es
la calle de las Infantas?
Es posible, que ya andes
por tierra que anduvo el Cid?
Dios me conserve en Madrid,
que para mì no hay mas Flandes.
Felix. Asségurote, Manzano,
pues ya sabes lo que passa,
y que me buelvo à mi casa,
por la muerte de mi hermano,
donde, si su muerte lloro,
hallar por alivio puedo
un mayorazgo que heredo,
y una Dama à quien adoro;
que en Flandes contento estaba,
y aora conozco yo,
que aquella escuela me diò
todo lo que me faltaba:
porque aunque la Corte encierra
Cavalleros muy perfectos,
sin saber de los efectos
de la escuela de la guerra,
segun lo que considero,
que ella en mi pecho ha labrado,
la Milicia es quien dà el grado
à un perfecto Cavallero.
Manz. Fuerza fue, que alli aprendiesses
quatro mil Cavallerias,
no dormir en quatro dias,
no desnudarse en dos meses;
andar siempre à la aspereza
de agua, nieve, ò yelo impio;
bien es verdad, que este frio
se resiste con cerbeza;
con que queda acostumbrado
un hombre, con tal sustento,
à andar siempre muy hambriento,
muy roto, y desaliñado,
afligido, sin dinero,
siempre imaginando flores,
que son las partes mejores
de un perfecto Cavallero.
Felix. Como tù, lo has discurrido.
Manz. Esto es lo que yo aprendi.
Felix. Labrò en tì, conforme à tì.
Manz. Ergo si haver aprendido
mal, consiste en mi baxeza,
no es la guerra, ni sus fueros
quien hace los Cavalleros,
sino su naturaleza.
Felix. La misma razon lo abona.
Manz. Pues què es lo que de ella nace?
Felix. Yo no digo que los hace,
sino que los perfecciona.
Manz. Pues essa question dexada,
por què causa no has querido

irte à casa, y te has venido
à apear à una posada?
Felix. Mi recato es necessario,
pues lo que llevò mi brio
à Flandes, fue un desafio,
en que matè à mi contrario.
Demàs de esto, y el empeño
sabes que aqui dexè yo,
pues fin alma me embiò
Doña Ana Enriquez mi dueño.
En la carta me protesta
mi padre, que con secreto
me venga, pues con efecto
no està aun la muerte compuesta.
Y demàs de esto me llama,
porque casarme ha intentado,
ni sè què esposa me ha dado,
ni en què estado està mi Dama.
Sin verla intenta saber
uno, y otro mi agudeza,
que si en Doña Ana hay firmeza,
ella ha de ser mi muger.
Manz. Y tù sabes si ha venido
Don Lope Enriquez, hermano
de Doña Ana, que era Indiano?
Felix. Si, por cartas lo he sabido.
Manz. Y el Don Lope, dudar puedo
si vendrà en lo concertado.
Felix. Pues le està mal ser cuñado
de Don Felix de Toledo?
Manz. Mal diz que le havia de estàr;
pues eres tù algun mendigo?
se pudiera honrar contigo,
aunque fuera Familiar;
y aun anda mi lengua corta:
mas dudo que os concerteis,
si los dos no os conoceis.
Felix. Siendo yo quien soy, què importa?
Manz. Pues al caso, y con audacia.
Felix. Pues ya es noche, vèn tràs mì,
que Doña Ana vive aqui
al Cavallero de Gracia.
Manz. Oyes: què en los Capuchinos
de tanto coche se infiere?
Felix. Què es Viernes, y hay Miserere.
Manz. Suena en acentos divinos;
mas ya al fin debe de ser,
pues sale gente. *Felix.* Azia alli
nos vamos, no salga aqui
quien nos pueda conocer.
Manz. Si, que la Luna ha salido.
Felix. Me conviene este recato.
Manz. Mucho es, que quien no es ingrato
quiera ser desconocido.

Salen Doña Ana, y Inès con mantos, y Doña Luisa, y Leonor del mismo modo, y dos hombres galanteandolas.

Ana. Cavalleros, si lo sois,
mostrad el primor de serlo
en no passar adelante
con quien os pondera el riesgo,
que hay en ir à nuestro lado.
Homb. 1. Esse es el comun despego
que usan todas las mugeres
à los primeros encuentros:
y el quereros festejar,
y regalar, si de hacerlo
dais licencia, no es agravio,
que merece esse desprecio.
Luisa. Ya os hemos dicho otra vez,
que aunque aqui lo parecemos,
no somos de las mugeres
que pensais. *Homb.* 1. Tambien es esso
comun de primer respuesta,
que yo en la Corte estoy hecho
à escuchar esso de todas,
y à encontrar su rendimiento
detràs de poca porfia:
pero seais en efecto
quien fuereis, què importarà
para admitir el festejo,
de ir à la confiterìa,
que de aqui no està muy lexos
del Cavallero de Gracia?
Ana. Inès, viste hombres mas necios?
Inès. Si ellos quieres que nos dexen,
admite el ofrecimiento,
que los tales tienen traza
de tener poco dinero,
y nos dexaràn, si acetas.
Homb. 2. Ea, vamos, no tardemos,
demos dulces à estas damas.
Luisa. Ya os han dicho, Cavalleros,
que os estarà mal seguirnos;
y puede ser que encontremos
bien presto quien os lo muestre.
Homb. 1. Amenaza? pues por esso
os hemos de acompañar.
Ana. Ya esso es passar de grossero,
y fiaros en que somos

mu-

RBC/NcU

mugeres. *Felix.* No oyes aquello?
Manz. Hay hombres ocasionados:
èste estarà pretendiendo
una compañia en la guerra,
no se la darà el Consejo,
y la procura en la paz.
Homb. 1. No teneis que deteneros,
que sólo por la amenaza
os havemos de ir siguiendo.
Ana. Esso es porque aqui no veis
quien aquesse atrevimiento
os castigue. *Homb.* 1. Si ha de haverle,
vamos allà. *Felix.* Cavalleros,
haviendo dicho estas Damas,
que en seguirlas tienen riesgo,
no parece urbanidad
seguirlas à su despecho;
y yo os pido en cortesia,
que las dexeis. *Homb.* 1. Bravo empeño!
sois vos el que ellas esperan,
que castigue nuestro intento?
Felix. Soy quien esto os suplica
por deuda de Cavallero;
y si no os quisiereis ir,
quien harà que os vais mas presto.
Homb. 1. Trae algo con què espantarnos?
Manz. Trae con que darles tan recio,
que les harà que aqui dexen
las capas, y los sombreros,
y las Damas, y la gana
de ir con ellas. *Homb.* 1. Antes pienso,
que la dexarà quien habla.
Manz. Mientes, poco mas, ò menos:
abanza, señor. *Felix.* Ya os voy
à enseñar à ser atentos.
Metenlos à cuchilladas.
Ana. Ay infeliz! Doña Luisa,
en què empeño nos ha puesto
la necedad de estos hombres?
Luisa. No es ya muy grande el empeño,
Doña Ana, que à muy buen passo
de su valor vàn huyendo,
y no correrà peligro.
Inès. No harà, que corren con miedo.
Leon. Son toreadores de à pie?
Ana. Quièn serà este Cavallero?
Luisa. Si la vista no me engaña,
yo de la Luna al reflexo
le vì la cara; y si aqui
pudiera estàr, siendo cierto
que està en Flandes, presumiera,
que es Don Felix de Toledo.
Ana. Ay Inès! què es lo que escucho?
Inès. Muy posible es que sea cierto;
su padre le està esperando,
y havrà venido. *Ana.* Y mis zelos
serán ciertos, si es verdad; *ap.*
ha ingrato amante, què es esto?
tù en Madrid, sin verme à mì?
Doña Luisa, segun esso
tù debes de conocerle?
Luisa. Le debì muchos festejos
antes que se fuesse à Flandes.
Ana. Luego es tu amante? *Luisa.* No puedo
presumir yo, que aun le dure
un amor, que ha tanto tiempo
que yo le desengañè;
y tù sabes ya el extremo
con que à tu hermano Don Lope
quise yo siempre. *Ana.* Esso es cierto:
èl la conociò, y por ella *ap.*
se empeñò: yo estoy muriendo.
Luisa. Mas èl es el que ha embaynado
la espada, y viene. *Ana.* Què haremos?
Luisa. Irnos, y no nos conozca.
Ana. Esto confirman mis zelos: *ap.*
antes yo le quiero hablar,
porque agradecerle debo
el havernos amparado.
Luisa. Habla tù, si gustas de esso.
Ana. Inès, tapemonos bien.
Salen Don Felix, y Manzano.
Felix. Bien se viò quien eran ellos.
Manz. Mas no se iràn alabando.
Felix. Heriste alguno? *Manz.* Esso es bueno:
como no podia alcanzarlos,
me alarguè de pensamiento,
y à uno dì una cuchillada,
que le abrì de medio à medio.
Felix. Le alcanzaste con la espada?
Manz. No sino con el deseo.
Ana. Ay Inès! yo estoy mortal;
Don Felix es. *Inès.* Esto es hecho,
en aqueste instante acabo *ap.*
de perder yo mi remedio;
porque en nombre de mi ama,
à quien galantèa Don Diego,
hermano de Doña Luisa,
le hago favores supuestos,
y me vale un pozo de oro,

862.8
T2551
v.20
no.17
712785

y oy por Don Felix lo pierdo.
Felix. Aun se estàn aqui las Damas.
Manz. Bien pueden darnos el premio.
Felix. De hallaros aqui, señoras,
presumo cuidado nuevo;
si le teneis, y gustais
de que yo os vaya sirviendo
hasta entrar en vuestra casa,
bien podeis ir sin recelo.
Manz. Miren si hay otra pendencia,
que aunque sean veinte de ellos,
con condicion que ellos huyan,
aqui se la reñiremos.
Ana. No esperamos por cuidado,
sino por agradeceros
el favor; aunque es verdad,
que nos costò el sentimiento
de que un Cavallero tal,
como lo muestra el empeño,
se aventurasse con hombres,
que eran de tan poco precio:
y creed, que à haver sabido,
que pudiera à vuestro aliento
empeñarle nuestra voz,
sufriera su atrevimiento,
por no daros la ocasion,
que ya vencida sin riesgo,
os agradezco. *Felix.* Yo soy
quien debe agradecimiento
à la ventura de hallarme,
con lo poco que merezco,
en ocasion de serviros.
Ana. El Don Felix es discreto,
muy galan, y muy bizarro:
si es cierto lo que sospecho, *ap.*
assi me he de vengar de ella.
Luisa. Es un grande Cavallero,
y esso lo debe à su sangre.
Ana. Bien disimula: si es cierto?
sois de Madrid? *Felix.* Yo, señora,
no soy sino forastero.
Manz. Mi señor es Alemàn.
Ana. Alemàn? *Manz.* Medio Tudesco,
y aora ha venido de Angola.
Ana. Bien se conoce en lo negro;
pero acà no somos Indios.
Felix. Este, señora, es un necio,
que yo soy de Andalucìa.
Ana. Esso parece mas cierto.
Manz. Y lo que yo digo, y todo,
que esto es por parte de suegro;
mas por parte de cuñado,
es Alemàn como el yelo,
natural de Calahorra.
Felix. Calla, no seas majadero.
Ana. Ya que forastero sois,
holgarème de ir sabiendo
vuestro nombre, y la posada.
Felix. La posada es algo lexos,
porque poso en Leganitos:
el nombre, para el efecto
en que yo os puedo servir,
si asseguro como puedo,
que yo un Cavallero soy,
os digo el nombre mas cierto.
Ana. Si un Cavallero es el nombre,
buen nombre es ser Cavallero.
Felix. No pienso yo que se os puede
ofrecer à vos empeño,
en que querais saber mas.
Ana. No pudiera ser, que al veros
tan bizarro, y tan airoso,
ocasionasse el afecto
de alguna de las que veis?
Felix. No estoy hecho à essos trofeos,
y lo dudo à mi fortuna:
mas sintieralo, os prometo,
que me diera essa ventura,
quando lograrla no puedo.
Ana. Por què no podeis lograrla?
Felix. Porque yo me he de ir muy presto.
Ana. Ya mi duda es evidencia, *ap.*
pues me ha despreciado el ruego,
por vèr que està aqui su Dama;
yo lo he de apurar si puedo.
Doña Luisa, el tal Don Felix
muy bien me và pareciendo,
y pienso que he de quererle.
Luisa. Tendràs muy buen gusto en esso,
que èl es digno del cuidado.
Ana. Si es disimulo, es muy cuerdo, *ap.*
ò ella està muy satisfecha.
Y de verdad, es lo cierto
el haveros de partir,
ò tener ya algun empeño?
Felix. Yo en mi vida quise bien.
Manz. Señor, por què dices esto?
dexate querer de aquesta.
Felix. Necio, puede un Cavallero
engañar aqui à una Dama,

si

si à otra Dama està queriendo?
Manz. Si quiere, y como que puede.
Ana. Muy dificilmente os creo,
que no haveis querido bien.
Felix. No, y es verdad, porque quiero.
Ana. Os ahorrais muchas congojas,
mas perdeis muchos contentos.
Felix. Tanto sabeis vos de amor?
Ana. Por las Comedias, que leo,
tengo de èl muchas noticias:
mas puesto, que (à lo que infiero)
el encubrir vuestro nombre,
y fingir esse despego,
os tiene alguna importancia
con las que os estàn oyendo,
no quiero apuraros mas;
y porque cerca tenemos
nuestra casa, os suplicamos,
que os quedeis aqui. *Felix.* Mi intento
solamente es de serviros,
y por esso os obedezco.
Ana. Muerta voy! vèn, Doña Luisa.
Luisa. Passa adelante tu afecto?
Ana. Ya se descubre el cuidado;
vèn, que despues hablarèmos. *Vanse.*
Inès. Vèn, Leonor. *Leon.* Vamos, Inès.
Manz. Digo, Reyna. *Inès.* A quièn và esso
entre las dos? *Manz.* Yo à una sola,
porque me cansè en Marruecos
de tener treinta mugeres.
Inès. Fue Moro? *Manz.* Un poco de tiempo.
Leon. Responde tù à esse Letrado,
que yo à mi ama voy siguiendo. *Vase.*
Inès. Y què quiere? *Manz.* Ya vè usted
yo ando à buscar mi remedio,
y usted me parece cosa.
Inès. Jesus! cosa le parezco?
y què cosa? *Manz.* Assi, cosita.
Inès. No sea tan lisongero:
para què me alaba tanto?
Manz. Si esto es mucho, quitarèmos.
Inès. Y de verdad, busca usted
comodidad? *Manz.* De provecho.
Inès. Parecele bien la mia?
Manz. Si usted dixera primero
lo que dà, pudiera ser.
Inès. Yo doy el salario en zelos,
las raciones en desdenes,
en tibiezas, y despegos,
ù de año en año; y si acaso
hay algun gran casamiento,
doy librèa de esperanza.
Manz. Y no dà usted algun enredo,
ò chisme para zapatos?
Inès. Cinquenta le darè de esso.
Manz. Jesus, y què rica cosa!
digo que en ella me quedo.
Inès. Pues traiga luego su ropa.
Manz. Deme señal, irè luego.
Inès. No tengo mas que esta mano,
si basta. *Manz.* Poco dinero;
no le queda à usted otra blanca?
Inès. Vela aqui. *Manz.* Pues voy con esso,
que ya es un maravedì.
Inès. Còmo ha nombre? *Manz.* Yo, Cerezo.
Inès. Cerezo? mirelo bien.
Manz. De arbol es mi nombre, cierto.
Inès. De arbol si, el vedado.
Manz. Muger del Demonio, arredro.
Inès. Por què se espanta de mì?
Manz. Que eres la serpiente pienso,
pues has olido el Manzano.
Inès. A Dios, señor embustero;
y crea el señor Manzano,
que aora ha sido camueso. *Vase.*
Manz. No oyes aqueste, señor?
Felix. Què ha sido? *Manz.* Viven los Cielos,
que èstas nos han conocido.
Felix. Què dices? estàs sin sesso?
recienvenidos de Elandes,
còmo es posible? *Manz.* Esso es bueno;
pues si me han dicho mi nombre?
quànto quieres que apostemos,
que eran Doña Ana, y Inès
dos de las que aqui estuvieron?
Felix. Doña Ana? estàs sin sentido?
pues estando, como es cierto,
aqui su hermano Don Lope,
havia de hacer el excesso
de estàr de noche, y à pie
fuera de casa? *Manz.* Què riesgo
puede haver en esso, si ellas
viviendo en el Cavallero
de Gracia, à los Capuchinos
quieren venir de secreto
al Miserere encubiertas?
Felix. Vive Dios, que lo recelo,
que la muger que me hablò
me pareciò de respeto;
y en una muger de porte

de-

declararſe con un ruego,
fuera gran facilidad,
à no tener fundamento:
Manzano, vamos allà.
Manz. Peral, vamos al momento,
que ellas han ſido prudentes
como ſerpientes en eſto.
Felix. Por què? *Manz.* Vieron el Manzano,
y la culebra te dieron. *Vanſe.*

Sale Don Diego con Muſicos.

Diego. Aqui podeis quedaros retirados,
y eſtèn los inſtrumentos bien templados,
porque en llamando yo, comience luego
(dando noticia de mi amoroſo fuego)
la muſica à cantar mi dicha grande;
y no ſe mueva nadie, haſta que mande
mi cuidado tocar los inſtrumentos,
dando ſus dulces voces à los vientos,
porque à mayor trofeo
del que promete, aſpira mi deſeo,
porque tanto mi amor me tiene ciego.
Muſico. Bien puede deſcuidar, ſeñor D. Diego,
que eſtà famoſamente prevenido.
Diego. El contento de vèr favorecido
mi amor, me tiene loco;
qualquier feſtejo à mi deſeo es poco,
para ſignificar el alegrìa
en que me tiene la eſperanza mia.
Un año me ha coſtado eſte trofeo,
que ha que à Doña Ana Enriquez galanteo
con porfias, y ruegos, y finezas,
reſiſtiendo deſdenes, y durezas,
ſin que el Sol vieſſe claro ſolo un dia;
y en fin todo lo alcanza la porfia,
pues ya mi alivio ſu favor alcanza;
y para mas aliento à mi eſperanza,
oy licencia me ha dado
de que la ſignifique mi cuidado
la muſica que traigo prevenida,
que es el indicio de que tengo vida;
pues es cierto que no lo permitiera
à quien para ſu eſpoſo no quiſiera.
La ſeña quiero hacer à la ventana,
pues ya es hora que eſtè ſola Doña Ana,
que à eſta hora mi hermana Doña Luiſa,
cuya viſita el Viernes es preciſa,
porque à los Miſereres la acompaña,
ya ſe havrà buelto à caſa: dicha eſtraña
es la que conſiguiò porfia, y ruego,
ſi eſpoſo de Doña Ana à verme llego.

Salen Don Felix, y Manzano.

Felix. Eſta es la caſa, Manzano.
Manz. Y aquella, ſeñor, la rexa,
que de arado para tì
fue, quando andabas tràs ella.
Felix. Pero tuve buena dicha
en cultivar bien la tierra,
pues floreciò la eſperanza,
porque aora el fruto ſe acerca.
Manz. Aora es fruto dichoſo,
que à mì tambien ſe me acuerda
quando ſembrabas ſuſpiros,
pero cogias arena.
Felix. Si eſtarà ſu hermano en caſa?
Manz. Yo te harè eſſa diligencia.
Felix. Tente, que hay gente en la calle:
en el umbral de eſta puerta
eſtemos haſta que paſſen.

Llegan à la rexa.

Diego. Llegar quiero à hacer la ſeña.
Felix. Manzano, no vès aquello?
un hombre à la miſma rexa
en que yo hablaba ha llamado?
Manz Calla, ſeñor, que es quimera.
Felix. Còmo quimera? què dices?
no le vès parado en ella?
Manz. Hombre à rexa de tu Dama?
calla, que ſerà alma en pena.
Felix. Eſtàs ciego? no lo vès?
Manz. No lo creo, aunque lo vea:
alma en pena es, vive Dios.
Felix. Me apuraràs la paciencia.
Manz. Pues ſi la quiere, y tiene alma,
no andarà en pena por ella?
Felix. Aguarda, que ya han abierto.

Abren una ventana, y ſale Inès à ella.

Inès. Cè, es D. Diego? *Diego.* Si, Inès bella,
la muſica prevenida
aqui traigo. *Inès.* Eſta es buena; *ap.*
què ſeria ſi Don Felix
aora à la calle viniera?
pero yo no he de perder
lo que Don Diego me pecha,
que para todo hay ingenio.
Don Diego, àcia la otra acera
os poned para cantar,
que aſsi mi ama lo ordena,
que alli viven otras Damas,
y ſe equivoca con ellas
de la muſica el intento,

para que nadie lo sepa,
que ella la saldrà à escuchar,
para que salga con ella,
y aun se està aqui Doña Luisa:
y assi, aunque Don Felix venga,
no tendrà que sospechar.
Diego. Ya està essa prevencion hecha;
yo voy à decir que canten.
Felix. Manzano, mi muerte es cierta.
Manz. Mas tuviste buena dicha
en cultivar bien la tierra,
pues dà fruto para todos.
Felix. Respirando estoy un etna.
Manz. Este hombre te ganò el juego,
y por la ventana mesma.
Felix. No ganarà si yo puedo.
Manz. Pues còmo quieres que pierda,
si està à truco aventanado?
Salen à la ventana Doña Ana, y Doña Luisa.
Ana. Inès, para què està abierta
esta ventana? *Inès.* Ay señora!
que dàn musica. *Ana.* Pues cierra.
Inès. Calla, que es à las vecinas,
que llaman las Boneteras,
y las galantea un lindo,
que no las dà sino quexas.
Luisa. Oigamosla por tu vida,
Doña Ana. *Ana.* Quieres que entiendan,
que es la musica por mì?
Luisa. Antes saliendo tù à verla,
te asseguras de essa duda,
y quitas la contingencia,
que à quien la musica dàn,
siempre las ventanas cierra,
por el recato. *Ana.* Ya estoy
tan lexos de dar sospecha,
que nada me importa: oigamos.
Inès. Mañana tengo pollera,
y sortija, que este canto
yo le harè bolver en piedra.
Diego. Desde aì podeis cantar.
Felix. Musica trae. *Manz.* Señal cierta.
Felix. De què? *Manz.* De que te habla claro
este hombre. *Felix.* De què manera?
Manz. Te dà los zelos cantados,
porque mejor los entiendas.
Felix. De la calle à cuchilladas
los he de echar. *Manz.* Hombre, espera;
à tì què ofensa te ha hecho
este hombre, que galantea
à quien como à tì le admite?
Felix. No es posible que èl me ofenda,
no sabiendo que me ofende;
mas si yo con tanta pena
viendolo estoy, y lo sufro,
yo soy quien me hago la ofensa.
Manz. No es mejor vèr en què pàra?
Felix. Y dònde està la paciencia?
Manz. Aqui està en los Capuchinos:
aguardemonos siquiera
hasta que canten las coplas,
y si el estrivillo empiezan,
sacudirlos en la fuga,
para que vayan con ella.
Musica. Ay que me mata, zagales,
la viva estrella de Anarda;
si por estrella la adoro,
mi misma estrella me mata.
Felix. Manzano, esto no es sufrible.
Manz. No me espanto que lo sientas,
que la copla es tal, que à todos
nos hace vèr las estrellas.
Felix. Hasta su nombre publica.
Manz. Si ella le ha dado licencia
de que le traiga estrellado,
tù, que lloras su flaqueza,
puedes passarle por agua;
mas ya prosiguen, espera.
Musica. Buela mi amor à tus ojos,
mas es tan noble su llama,
que me quema el corazon,
y me perdona las alas.
Diego. Por la boca de esta calle
una tropa de hombres entra,
proseguid mientras yo voy
à reconocer quien sean. *Vase.*
Felix. Manzano, viven los Cielos,
que lo està oyendo à la rexa
Doña Ana, con sus criadas.
Manz. Pues querias que estuviera
rezando, mientras la cantan?
Felix. La venganza de èl, y de ella
he de ocasionar assi. *Llega à la reja.*
Ingrato dueño, si ostentas
tu mudanza, ya la ha visto
quien morirà de la quexa.
Ana. Què es esto? quièn es este hombre,
que con tanta desverguenza
llega? Inès, habla contigo?
Felix. Contigo hablo, ingrata bella.

Ana.

Ana. No os dixe yo, que eſte rieſgo
tiene el ſalir à la rexa?
debe de ſer loco eſſe hombre;
vamonos de aqui: Inès, cierra. *Vanſe.*
Felix. Vive el Cielo, que me ha dado,
por ſatisfacerle, atenta,
con la ventana en la cara.
Manz. Mucho peor ſer pudiera.
Felix. Que darme con la ventana
en los ojos? *Manz.* Coſa es cierta;
pues peor huviera ſido
que te diera en la cabeza.
Felix. Pues en èl me he de vengar.
Sale D. Diego. Amigos, la Ronda es eſta,
ceſſad aora, que yo tengo
rieſgo, ſi aora me encuentra:
venios tràs mì retirando,
y apriſa, porque ſe acerca.
Muſico. Yo con el harpa no puedo
correr, y alcanzarme es fuerza.
Diego. Raro empeño! pues dexar
eſtos hombres, es baxeza,
ſi los aja la Juſticia:
un hombre viene, y es fuerza
valerme de èl, ſea quien fuere,
para que aqui no me pierda.
Cavallero? *Felix.* Sì lo ſoy,
què quereis? *Diego.* Siendolo, es deuda
en vos amparar à quien
de vos à valerſe llega:
yo hice en eſta miſma calle
anoche una reſiſtencia
à la Juſticia, y aora
buelve por la calle meſma
ſolo à buſcarme, ſin duda,
con que retirarme es fuerza,
por no ſer reconocido:
yo os ſuplico, que ſi llega,
ampareis vos à eſſos hombres,
y hagais la muſica vueſtra,
para que no los ultrajen,
pues nada en eſto ſe arrieſga
para vos; y à Dios, que vienen.
Felix. Oìd, eſcuchad. *Dieg.* Ved que llegan,
y no puedo detenerme. *Vaſe.*
Felix. Que aqueſto aqui me ſuceda!
yo quedo obligado à hacerlo.
Manz. Al que te ofende eſſo intentas?
mas que el demonio ſe lleve
los Muſicos, y los meran
en un cepo de patillas.
Felix. Amigos, el tono, y letra
proſeguid, y ſin cuidado
cantad, que aunque deſpues ſea
forzoſo reñir con èl,
aora debe mi nobleza
ampararle, pues de mì
ſe valiò. *Manz.* Muden el tema,
y pues cantan por mi amo
rabiando coplas muy nuevas.
Muſica. Solo es llama, porque alumbra,
pues ſin conſumir, regala,
y crece mas la materia,
que mas en ella ſe abraſa.
Salen los miſmos con quien riñeron arriba, con los mas que pudieren.
Homb. 1. El ſin duda es de eſte barrio,
y hallarle aqui es coſa cierta:
y vive Dios, ſi le hallamos,
que hemos de vengar la afrenta
de haver huido eſta noche,
pues con la induſtria ſupueſta
de fingirnos la Juſticia,
podemos, ſin que ſe entienda,
reconocerlos à todos,
haſta hallarle por las ſeñas.
Homb. 2. Muſica eſtàn dando aqui.
Homb. 1. Dexadme llegar à ella:
Cavalleros, la Juſticia.
Felix. Sea muy en hora buena.
Homb. 1. Y quien diremos de uſtedes?
Felix. Gente que no hace moleſtia,
pues un Cavallero es,
que por ſu guſto feſteja
con eſta muſica el barrio.
Homb. 1. Y à què intento?
Manz. Linda flema;
à una Dama que aqui vive,
y por ſer muy pedigueña,
ſe la damos por ſangria,
por no darla de cabeza.
Homb. 1. Lleguemos à conocerle;
y quièn es quien la feſteja?
Felix. Ya he dicho que un Cavallero.
Homb. 1. Un Cavallero es reſpueſta?
Felix. Eſſe es mi nombre.
Homb. 1. Eſſo es bueno.
Manz. Y de pila: es eſtrāñeza,
ſi ſe bautizò en Olmedo?
Homb. 1. Largue las armas, què eſpera?

Felix.

Felix. Sobre què? *Manz.* Pues esso dudas?
serà sobre su cabeza.
Homb. 1. Largue la espada. *Manz.* No larga,
sino corta. *Felix.* A essa insolencia
se responde de este modo,
que no es Justicia quien llega
con aquessa demasìa.
Manz. Señor, que hay muchos, aprieta.
Homb. 1. El es, amigos, matadle.
Manz. Antes ciegues, que tal veas.
Musico. Vamonos de aqui nosotros. *Vanse.*
Metenlos à cuchilladas, y salen Doña Luisa, y Leonor.
Luisa. Ay Leonor, que yo voy muerta!
por entre dos mil espadas
hemos passado. *Leon.* Què pena!
gota de sangre, señora,
no me ha quedado en las venas.
Luisa. Gran yerro fue no admitir
que à acompañarnos vinieran
los Criados de Doña Ana;
y aora bolver es fuerza
à pedirlos que nos lleven
hasta casa. *Leon.* La pendencia
es enfrente de su casa,
y es peor bolver à ella.
Salen Don Felix, y Manzano.
Felix. La colera de mis zelos
despiquè en su desverguenza.
Manz. Siete cabezas à uno
le rompì. *Felix.* De què manera?
Manz. Porque iba alli cierto amigo,
que llaman siete cabezas:
mas à què buelves aqui?
Felix. A que, aunque la vida pierda,
ha de entender esta ingrata,
que he sabido sus ofensas.
Manz. Pues què se le dà à la otra?
Felix. Vè, que he de entrar aunque muera.
Luisa. Azia aqui vienen dos hombres,
valernos de ellos es fuerza.
Cavalleros, aqui acaba
de haver aora una pendencia,
y vamos, como mugeres,
con temor: por vida vuestra,
que os sirvais, en cortesìa,
de acompañarnos, que cerca
està de aqui nuestra casa.
Felix. Manzano, has visto tal tema
de estorvarme la fortuna,
que hablar à esta ingrata pueda?
Manz. El diablo te lo embaraza,
porque es hacer penitencia.
Felix. Señora, la obligacion
de serviros es primera:
vamos luego à vuestra casa.
Manz. Si ustedes dieran licencia,
que dieramos un aviso
aqui, porque nos esperan,
luego irèmos con mas gusto.
Luisa. Si no tardais, norabuena.
Manz. Esso tres horas, ò quatro;
mas la noche es algo fresca,
y aqui pueden passearse.
Felix. Anda, loco. *Luisa.* A mì me pesa
de estorvaros. *Felix.* El serviros
es la mayor conveniencia.
Luisa. Yo vivo aqui à Calatrava.
Felix. Vamos muy en hora buena.
Luisa. Leonor, Don Felix es este:
cierta ha sido mi sospecha.
Manz. Yo temo, que hemos de hallar
otra aventura tràs esta. *Vanse.*
Sale Don Lope.
Lope. Dos horas ha que mi amor
aqui à Doña Luisa espera,
y por no errar el camino,
porque puede ser que buelva
por parte que yo la yerre,
no he ido à mi casa, donde ella
fue esta tarde con mi hermana,
y ya no es hora en que pueda
detenerse allà en mi casa:
què de dudas, y quimeras
està un hombre imaginando,
que esperando ama, y recela!
Salen Inès con ferenero, y dos Criados.
Inès. No ha venido Doña Luisa
à su casa, la pendencia,
sin duda, la ha detenido,
pues sucediò al salir de ella.
Lope. Gente sale de su casa:
criados son, no me vean,
aqui estarè retirado.
Inès Demos à casa la buelta,
mas espera, que aqui viene;
dos hombres vienen con ella,
serà su hermano Don Diego,
que estaba alli à la hora mesma,
ò Don Lope mi señor.

Salen Doña Luisa, Don Felix, Leonor, y Manzano.

Luisa. Mi casa, señor, es esta,
mucho favor me haveis hecho.
Felix. Lleguemos hasta la puerta.
Inès. Señora? *Luisa.* Inès, pues tù aqui?
Inès. Pardiez essa duda es buena;
pues no salimos tràs tì
en oyendo la pendencia?
mi señora me mandò,
que luego tràs tì viniera
con este criado nuevo,
que nunca tu casa acierta,
porque quedò con gran susto
de verte entre la refriega.
Luisa. Mucho te lo estimo, Inès,
que Doña Ana es tan atenta,
que se debe esse cuidado.
Inès. Tù no supiste quièn era
el de la musica? *Luisa.* No.
Inès. Pues tu hermano hacia la fiesta.
Luisa. Mi hermano? què es lo que dices?
pues Don Diego à quièn festeja
en tu calle? *Inès.* A mi señora.
Felix. Manzano, mas evidencias.
Manz. No es muy mala esta noticia.
Luisa. Mi hermano? *Inès.* El la galantèa:
pero por amor de Dios,
que en esto hagas la deshecha,
sin darte por entendida,
que me tendràn por parlera;
pero yo no te lo he dicho,
sino para que lo sepas.
Què me hacia este secreto *ap.*
à mì acà dentro? què sea
yo tàn ligera de pico!
maldita sea mi lengua.
Luisa. Inès, de lo que mi amiga
no me quiere à mì dàr cuenta,
no es bien que yo me la tome:
à Doña Ana esta fineza
le agradece de mi parte,
que yo segura, y contenta
vine à mi casa, pues quiso,
acompañandome à ella,
venir este Cavallero.
Felix. De mi obligacion fue deuda.
Manz. Y, parienta de la mia.
Inès. Què miro! segun las señas, *ap.*
Don Felix es, y Manzano:
cierta ha sido la sospecha
de mi ama. A Dios, señora.
Luisa. A Dios. *Inès.* Hijos, vamos de esta;
chisme llevo que contar,
ya la boca me hormiguea. *Vanse.*
Lope. Cielos, yo estoy sin sentido!
dos hombres vienen con ella.
Luisa. Cavallero, agradecer
lo que de vuestra nobleza
es blason, es escusado.
Felix. Siempre que à vos se os ofrezca
serviros de mì, hallarèis
en mi pecho esta obediencia.
Luisa. Guardeos Dios, que bien lo creo
de vuestra atencion discreta,
y tambien creo el valor.
Manz. Compañia de ahorcado es esta,
pues os quedais en el Credo.
Leon. Ya sacan luces. *Luis.* Pues entra. *Vanse.*
Lope. Sin mì estoy! conocerèlos
si aqui la vida me cuesta.
Felix. Manzano, pues ya ha quedado
sin embarazo mi quexa,
bolvamos, que aun he de vèr
si hallo este alivio à mi pena.
Manz. Si havrà aora otro embarazo?
Felix. Vive Dios, que aunque le huviera
he de ir allà. *Lope.* Cavallero?
Manz. Vele aqui al pie de la letra,
dexando uno, y tomando otro:
hombre, eres Sastre, que llegas
tan tomada la medida?
Felix. Quièn es?
Lope. Quien con vos se engaña,
y quiere por un error
saber quien sois. *Manz.* Mi señor
desciende de la montaña.
Felix. Y à què efecto? *Lope.* Aquessa Dama
con quien venisteis, me obliga
à que os conozca, y os siga,
y sepa à què intento os llama.
Felix. Pues yo à nadie, en caso tal,
satisfago. *Manz.* Y puede creer,
que por no satisfacer,
me dà à mì de comer mal.
Felix. Lo que yo os puedo decir
es, que soy un Cavallero,
lo demàs no. *Lope.* Pues yo espero
saber quien sois, ò reñir.
Felix. Lo segundo està seguro,

mas

mas no tanto lo primero.
Lope. Pues yo, ſi ſois Cavallero,
aqui averiguar procuro
quien ſois; ſi la empreſſa es vana,
que he de reñir entended.
Manz. Digo, y paſſaràla uſted
por una abuela villana?
Felix. Pues baxemonos al Prado,
que eſſo es mejor para alli.
Lope. No me he mover de aqui,
ſin ſalir de eſte cuidado.
Felix. Porque ir allà ſolo eſpero,
lo digo. *Lope.* Reñid los dos.
Felix. Pues vete tù. *Manz.* Bien, por Dios.
Felix. Vete, villano. *Manz.* No quiero.
Felix. Què es no?
Manz. Pues con què conciencia
te he de llevar la racion,
ſi te dexo en la ocaſion,
que tienes una pendencia?
Lope. A mì no me ſe dà nada;
ſacad los dos los aceros.
Salen Don Diego, y Martin.
Diego. Què es aqueſto, Cavalleros?
Lope. Valgame el Cielo! ya nada,
haviendo llegado vos.
Eſte Cavallero aqui,
recelè que iba tràs mì,
repuntamonos los dos,
ſin cauſa que importe fama,
quiſo aqui reñir conmigo:
conſentid en lo que digo, *A Felix ap.*
que es hermano de la Dama.
Felix. Es la verdad, aſsi fue;
mas la culpa tuve yo.
Manz. Por menos que eſſo muriò
el quinto hombre que matè.
Diego. Mucho he eſtimado el venir
à eſtorvaros la intencion,
que por tan poca ocaſion
no fuera juſto reñir:
ſeñor Don Lope, mi caſa
ſabeis que es vueſtra; y de vos,
Cavallero. *Lope.* Guardeos Dios,
que eſto adelante no paſſa.
Si vos ſois tan Cavallero, *A Felix ap.*
que eſſo ſerà coſa llana,
à las ſeis de la mañana
junto à San Blàs os eſpero.
Felix. Bien eſtà. *Lope.* Señor Don Diego,
quedad con Dios. *Vaſe.*
Diego. El os guarde.
Felix. Para mì tambien es tarde.
Diego. Que vos conozcais, os ruego,
mi caſa, pues de ella eſpero,
que os ſirvais en ocaſion.
Felix. Yo os eſtimo la atencion.
Diego. Mas eſperad, Cavallero.
Manz. Es otra? *Diego.* Por el veſtido
aora os reconocì:
vos ſois de quien me valì,
y me haveis favorecido
eſta noche; y pues ſois vos,
aqui conoceros debo.
Felix. No faltarà empeño nuevo,
que nos juntarà à los dos:
yo os buſcarè en mas ſazon.
Diego. Vos à mì? *Felix.* Bien puede ſer.
Diego. Puedo el motivo ſaber?
Felix. En llegando la ocaſion.
Diego. Pues quièn ſois ſaber eſpero?
Felix. Un Cavallero. *Diego.* Y el nombre?
Felix. Eſte baſta para un hombre;
no ſoy mas que un Cavallero.
Diego. Baſta; apuraros no quiero,
pues lo callais: guardeos Dios.
Felix. No os dè cuidado, que à vos
os buſcarà el Cavallero. *Vaſe.*
Diego. Martin, figuele.
Mart. Eſſo quiero. *Vaſe.*
Manz. Quiere uſted ſaber quien es?
Diego. Me hareis favor. *Manz.* Oiga, pues.
Diego. Quièn es eſte? *Manz.* Un Cavallero.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Don Felix, y Manzano.
Felix. Buelvete tù deſde aqui,
que porque las cinco ſon,
y à las ſeis es la ocaſion,
que llegàras permitì.
Manz. Saber, ſeñor, de tì eſpero,
por què tanto has madrugado?
Felix. Porque riñe aventajado
quien ſale al campo primero.
Manz. Si te quiſiere matar
algun enemigo fiero,
madruga, y mata primero,
dice un adagio vulgar:

mas en caso tan incierto,
vive Dios, que es en verdad,
valerosa necedad
madrugar uno à ser muerto.
Felix. Assentado es lo primero,
que ir antes al desafio,
es ser con la ley del brio
mas cabal un Cavallero.
Lo segundo, es necessario
creer, que indiciar temor,
es aumentar el valor,
y la fortuna al contrario;
porque si mi cobardìa
hace su brazo mas fuerte,
es apresurar mi muerte
de su parte, y de la mia:
Luego es cierta consequencia,
que en tal caso la osadìa,
aun mas que à la bizarrìa
se debe à la conveniencia.
Manz. Desafiò à otro un Portuguès,
y le esperaba en un monte,
que el subir à su orizonte
cansàra à un gato montès.
Llegò allà el desafiado,
muerto del passo prolixo,
y en viendo al contrario, dixo,
molido, y desalentado:
Yo no me puedo mover,
para què me llamò aqui?
y èl respondiò: Porque assi
veño menos que facer.
Tù no has dormido, à mi vèr,
por venir temprano acà;
pues si vienes muerto ya,
què tendrà el otro que hacer?
Felix. Las obligaciones mias
no andan bien, fino à este passo.
Manz. En el reñir està el caso,
no en essas filoterìas:
y Dios, señor, me es testigo,
que saldrè yo por mi honor
à reñir con un Dotor,
que es el mas fuerte enemigo:
mas si à tal hora, señor,
me llamàran con desdèn,
havia de dormir muy bien,
almorzar mucho mejor,
venir de espacio, y no à pata,
y le havia de matar
à puro hacerle esperar,
que es la cosa que mas mata.
Felix. No es bien hacerle esse ultrage
al que al campo me sacò.
Manz. Pues à què me combidò,
para que yo le agassaje?
Felix. Tu buen humor maravilla;
vete ya sin responder:
ya sabes lo que has de hacer.
Manz. Aquesso està de cartilla,
callar, y irme de camino,
por si fueres mal parado,
tenerte alli aparejado
huevos, paños, y buen vino;
que esto no se puede errar,
aunque tengas mas ventura,
pues si no es para la cura,
servirà para almorzar.
Felix. Vete. *Manz.* A encomendar à Dios
al otro voy, passo à passo,
por si Dios quisiere acaso
llevarse à uno de los dos.
Felix. Pues èl, por què mas te mueve
à esse ruego tan fiel?
Manz. Para que le lleve à èl,
y tambien para que lleve. *Vase.*
Felix. Nunca conocì al temor;
pero esperar à reñir
con lugar de discurrir,
es la accion de mas valor.
Un hombre viene àzia alli,
poner la mascara quiero.
Cubrese el rostro, y sale Don Lope.
Lope. No sè si vengo el primero,
pues està ya un hombre aqui:
pero que no es èl infiero,
pues con mascarilla està.
Felix. Pues no llega, no serà
aqueste hombre el que yo espero.
Lope. Pero si èste se està aqui,
nos puede el lance estorvar.
Felix. Mas si èste aqui se ha de estàr,
puede presumir de mì,
que conmigo le he traìdo;
pedir que se vaya quiero:
esto ha de ser. *Lope.* Cavallero,
yo à esperar aqui he venido
una Dama, y si los dos
estamos aqui, al llegar,
con vos se ha de embarazar;

y

y os ſuplico, que ſi à vos
no os importa, de aqui os vais,
pues en eſte empeño eſtoy.
Felix. Antes pienſo yo que ſoy
eſſa Dama que buſcais.
El citaros para aqui
en la calle de Alcalà,
no fue anoche? *Lope.* Bien eſtà;
mas còmo venìs aſsi?
Felix. La màſcara reparais?
Lope. Si reparo; pues infiero,
que no es ley de Cavallero,
ni al buen duelo os ajuſtais.
Felix. Pues eſcuchad la razon,
que ni la ley ſe atropella,
ni dexo en eſta ocaſion
de cumplir mi obligacion
muy ajuſtado con ella.
Ningun hombre à pelear
puede ſalir embozado,
porque ſe puede arrieſgar
à que alguien pueda penſar,
que èl no fue el defafiado.
Yo, en tal duda, es coſa clara,
que no incurro, pues es cierto,
que ignorandome la cara,
la miſma duda os quedàra,
ſi ſaliera deſcubierto.
Supueſto eſto, y aſſentado,
que lo que ſe pide en duelo,
no ha de hacer el que es honrado,
quando eſtà defafiado
un hombre, ſobre recelo,
ſi aunque ſea por deſdèn,
antes del duelo, hace tal
lo que le piden tambien,
aunque en reñir quede bien,
en hacerlo queda mal.
Vos al campo me ſacais,
por conocerme atrevido,
ſi encubierto no me hallais,
antes de reñir llevais
el intento conſeguido.
Y quiero en eſta ocaſion,
pues puedo cubrirme atento,
ſin arrieſgar mi opinion,
cumplir con mi obligacion,
ſin lograros el intento.
Lope. No ſalìs igual aſsi.
Felix. Antes igual he ſalido;
la cauſa que os trae aqui,
deſconocido os la dì,
y ſalgo deſconocido.
Lope. La intencion tiene eſtrañeza
mas aguda, y bien penſada.
Felix. Pues hable ya la deſtreza,
y hallarèis mas agudeza
en los filos de mi eſpada. *Riñen.*
Lope. El nombre de Cavallero
deſempeñais bien, por Dios.
Felix. En todo moſtrarlo eſpero.
Lope. Tened, que perdì el acero.
Felix. Bolved à cobrarle vos.
Lope. Herido, lo intento en vano.
Felix. Que yo os le alcanzàra es llano,
mas fuera accion deſairada,
que en el campo vueſtra eſpada
no eſtà bien en otra mano.
Lope. Con un dedo menos quedo.
Felix. Podeis reñir? *Lope.* Ya es en vano,
y por aora no puedo,
no por la herida del dedo,
que ſana tengo otra mano:
y quando herida quedàra
tambien eſtotra, y la herida
tomar la eſpada eſtorvàra,
con los dientes la tomàra,
haſta rematar la vida;
que nunca en mi bizarria
tener la mano paſſada
cauſa à no reñir daria,
ſino la galanterìa
de dexarme alzar la eſpada.
Felix. Peſame, que eſteis herido,
quando ſin eſſo eſta accion
pudiera haver ſucedido,
porque yo ſolo he venido
à cumplir mi obligacion:
que padece mucho engaño
quien pienſa que es valentìa
ſolo herir; mas yo lo eſtraño,
pues para mi bizarria,
no he meneſter vueſtro daño:
ataros quiero en la mano
eſte lienzo. *Lope.* Ya no eſpero
dudar quien ſois, pues es llano,
que tan noble corteſano
bien ſe llama el Cavallero.
Mas ſiento ir tan obligado
de vos, porque aunque eſta accion,

en quanto al lance passado,
cessa aqui, me hallo forzado
à buscar nueva ocasion;
porque yo quiero à la Dama
con quien os vì, y de este empeño
no se ha de apartar mi llama,
y por cumplir con mi fama,
os declaro que es mi dueño.
Y ya, por lo que sospecho,
siempre que con ella à vos
os encuentre, à mi despecho,
si no quedo satisfecho,
hemos de reñir los dos;
y yo tendrè esta razon
mientras mi duda os ignora.
Felix. Perdeis la satisfaccion,
que sin essa condicion
os pudiera dar yo aora;
porque haviendo yo reñido,
desengañaros pudiera,
mas haviendo prometido
reñir, pensarà qualquiera,
que por escusarlo ha sido.
Y pues esso prometeis,
si me hallais en esse extremo,
vos hareis lo que debeis,
y yo que en duda quedeis,
porque no penseis que os temo.
Lope. Mas por lo passado ya
quedamos los dos amigos.
Felix. Hasta aqui ajustado està,
despues el tiempo os dirà
si hemos de ser enemigos.
Lope. A Dios. *Felix.* A Dios: feliz duelo!
Lope. Mas ois, yo, por si acaso,
soy Don Lope Enriquez. *Felix.* Cielo,
ya à mayor silencio apelo, *ap.*
pues por su hermana me abraso:
yo, por lo dicho, no quiero
decir quien soy. *Lope.* Quando os tope
otra vez saberlo espero;
y à Dios, que yo soy Don Lope.
Felix. Pues yo soy un Cavallero. *Vanse.*

Salen Doña Ana, è Inès.

Ana. Inès, yo estoy sin alma, y sin sentido,
que no solo Don Felix ha venido
sin haverme avisado,
sino que enamorado
de Doña Luisa, olvida mis finezas.
Inès. En esso pàran todas las bellezas,
que llegan à querer, señora mia.
Ana. A fè, Inès, que mi amor no merecia
el desprecio que lloro,
que aun ofendida, su traicion adoro:
mas què puedo yo hacer?
Inès. Pues te provoca,
la ocasion tienes à pedir de boca:
Don Diego no te quiere? amale luego.
Ana. No me hables en tu vida de D. Diego,
que no podrè escucharte tan sufrida,
si otra vez me le nombras en tu vida.
Inès. Zape, aun no està en estado; *ap.*
mas yo paguè un bolsillo que me ha dado,
que Dios sabe de aquesta diligencia,
que la hago por cumplir con mi conciencia.
Pues, señora, si en esso estàs vengada,
tu hermano no te tiene ya casada?
aunque ignores tu esposo, haya mudanza,
y casate con èl. *Ana.* Buena venganza;
tengo la culpa yo de este enemigo,
que quieres que me diera esse castigo?
Inès. Pues què puedes hacer, quàdo èl se muda?
Ana. Valerme del socorro de la duda.
Inès. Duda aqui, quando tù fuiste testigo
de todo el lance que passò conmigo,
y yo de que èl la estuvo aqui esperando,
y la fue hasta su casa acompañando,
y ella muy satisfecha, y muy mirlada,
me dixo: Inès, yo vine assegurada
con este Cavallero, y por sentillo,
se me ahuecò la boca con tonillo;
y èl la dixo: esta es deuda en mi cuidado;
à que ella respondiò: ya està pagado?
Ana. Pagado dixo? Inès, sin alma vivo!
Inès. Y le quiso mostrar alli el recibo:
nunca los cuentos tienen sal bastante, *ap.*
si no añade un poquito el relatante.
Ana. El corazon me abrasa una centella.
Inès. De quien yo me vengàra, fuera de ella.
Ana. Pues què culpa ha tenido Doña Luisa,
si mi amor mi recato no la avisa,
y ya es tarde? esta pena me atribula!
Inès. Ay, señora! tu hermano. *Ana.* Disimula.
Sale Don Lope. Doña Ana?
Ana. Hermano: ay Dios! pena crecida!
què tienes en la mano? *Lope.* Es una herida,
no cosa de importancia, que me dieron
aora en un disgusto.
Ana. Ay Dios! quièn fueron?
Lope. Tù, Doña Ana, pues ya de mi amor sabes,

que

que de tì fio yo cosas mas graves,
no importarà que sepas este empeño:
Doña Luisa, no sè si ingrato dueño,
que aun no està la verdad averiguada,
vino à su casa anoche acompañada
de un Cavallero, que con un criado
hasta su puerta fueron à su lado.
Quise reconocerle, mas fue en vano;
al intentar reñir, vino su hermano,
desafièle entonces en secreto,
salimos oy al campo, y en efeto
anduvo tan bizarro, y tan brioso,
que concluir el duelo fue forzoso,
quedando yo alli herido,
y sin poder haverle conocido.

Ana. Inès, ya yo del todo desespero,
y no tengo sentido sino muero.

Inès. Tomate essa, señora, y yo me alegro,
que aora havia yo de amar à un negro,
quanto mas à Don Diego, que te adora.

Ana. Si oy salisteis al campo, no fue hora
de conocerle con la luz que brilla?

Lope. No, que saliò à reñir con mascarilla,
que en mi vida oì cosa tan estraña.

Inès. Sacastele à danzar à la campaña?

Lope. Lo que de èl saber pude, fue primero,
que solo era su nombre un Cavallero.

Ana. Inès, yo estoy penando en un abismo.

Inès. A nosotras nos diò con esso mismo;
flor nueva traen de Flandes los galanes,
havrà venido entre los tulipanes.

Dentro Don Juan.

Juan. Ha de casa: està acà el señor D. Lope?

Ana. Inès, mira quien es.

Inès. Ya hace su entrada.

Lope. D. Juan de Toledo es, no importa nada
que estès tù aqui. Don Juan?

Sale Don Juan. El Cielo os guarde,
y à vos, señora: yo desde ayer tarde
à mi hijo Don Felix esperaba:
èl no ha venido aun, y aora acaba
un camarada suyo de avisarme,
que de oy passar no puede su llegada,
porque ante ayer quedaba à una jornada:
y pues ha de venir, como imagino,
yo voy à recibirle oy al camino,
y à que me acompañeis solo he venido.

Lope. Esso en mi obligacion es ya debido,
è irè gustoso allà, por conocerle;
mas advertid, que pues no haveis querido,
que le diga à mi hermana, como ha sido
vuestro hijo con quien està casada,
hasta que aquella muerte estè ajustada,
porque no se presuma su venida,
y de esto nazca el riesgo de su vida,
es bien callarlo hasta que estè presente.

Juan. Vos obrarèis en esso cuerdamente.

Lope. Vamos, señor Don Juan.

Juan. Guardeos el Cielo. *Vase.*

Ana. Inès, mas evidencias al recelo;
mira si desde alli viene prendado,
pues no ha visto à su padre.

Inès. El te ha engañado.

Lope. Siendo para tu dicha, sabe, hermana,
que tu esposo tambien viene mañana.

Ana. Còmo el esposo mio?
pues, Lope, yo nacì sin alvedrio?

Lope. No buelvas à la rèplica passada,
porque mañana has de quedar casada. *Vase.*

Ana. Inès, has visto la desdicha mia?

Inès. Parece que te afligen à porfia. (sencia,

Ana. Quando està aqui D. Felix, tràs su au-
que me puede amparar de esta violencia,
quiere à otras fortunas mas violentas?
Inès, saca los mantos.

Inès. Pues què intentas?

Ana. Sacalos luego. *Inès.* Voy à obedecerte.

Ana. Aunque esto sea averiguar mi muerte,
yo lo he de ir à saber de Doña Luisa.

Inès. No diràs, que no sirvo bien aprisa.

Ana. Ponmele luego. *Inès.* Dònde vàs, señora?

Ana. A vèr à Doña Luisa voy aora,
y à salir de una vez de mis desvelos.

Inès. Haces muy bien, salgamos de estos zelos,
que por Manzano yo tambien me abraso:
pues què uñas llevo yo, para si acaso!
yo sè, que à la Leonor, si se las hinco,
la harè saber muy bien quantas son cinco.

Sale Manz. Jesus, y què peligro, si èl repara!
al hermano encontramos cara à cara.

Ana. Quièn es?

Manz. Quien, porque un riesgo ha desviado,
entra diciendo, sea Dios loado.

Inès. Señor Manzano el de la espada floja?

Manz. Tù has conocido el arbol por la hoja.

Ana. Inès, yo estoy turbada: còmo ha sido,
ò por què à entrar aqui te has atrevido?

Manz. Riesgo es, donde hay hermanos tan te-
mas la fortuna ayuda à los audaces. (naces,
Don Felix mi señor pide licencia

pa-

para reñir contigo una pendencia,
que anoche fue de aqui deſcalabrado;
mas yo pienſo, por bien acuchillado,
que venir à reñir zelos de auſencia,
es pedir cura, en tono de pendencia.
Ana. Y dònde eſtà Don Felix?
Manz. Aqui viene.
Ana. Si entra mi hermano, gran peligro tiene:
Inès, aviſa para que ſe vaya.
Inès. En la puerta me pongo de atalaya.

Sale Don Felix.

Felix. Deſpues de un año de auſencia,
y mil ſiglos de temor,
buelvo à tus ojos, ſeñora,
no el que fuì, ſino el que ſoy:
no à ponderar la fineza
de mi errado corazon,
que abreviò el camino en alas
de ſu mentido favor,
ni à quexarme de haver viſto
otro mas feliz que yo;
que olvidarme por el digno,
no es culpa, ſino eleccion.
No vengo, pues, à quexarme,
que he meneſter mi paſsion
para morir, y en la quexa
ſe deſvanece el dolor.
Solo à darte el parabien
vengo aqui del nuevo amor,
que ſiendo tuyo, es preciſo
ſer digno de tu atencion.
Yo le vì anoche, y al verle
me precipitò el furor;
que al eſtrenar una hoja,
no es mucho errar una voz.
Mas deſpues, bolviendo en mì,
conocì, que querer yo
dexarte ſin alvedrio,
fuera tirana razon.
Lo que fuera juſta quexa,
fuera fingir el favor,
ſi haviendo de amar à uno,
nos engañaras à dos.
Eſto en tì no lo preſumo,
que es tal mi veneracion,
que imagino mi deſdicha,
por no preſumir tu error.
Lo que he viſto, y lo que creo,
es, que ſi mi dicha era flor,
muriò al faltar de tus ojos,
por el auſencia del Sol.
Con la gala de tu gracia
pude merecer tu amor,
perdìla; pero ſin culpa,
fue deſdicha, agravio no:
que la gracia que me hacia
digno de tu eſtimacion,
fue gracia, y pudo negarla
la deidad que me la diò.
Mi ſentimiento, y mi quexa,
ſolo à mi eſtrella la doy,
que quedar ſin quexa un triſte
fuera exceſſo del rigor.
Y pues para mi tormento
tengo baſtante razon,
pues no puedo de quexoſo,
de infeliz à morir voy.
Yo morirè, dueño (ay Cielos!)
dueño dixe? ſin mì eſtoy;
dueño mio iba à decir,
fue oſadia; pero no,
que ſi ya para adorarte
no he meneſter tu favor,
aunque la ultrajes, no puedes
eſtorvar mi adoracion.
Yo morirè; y por ſi acaſo
fue induſtria en tu indignacion
levantarme, para hacer
mi precipicio mayor,
yo te lograrè la induſtria,
y veràs en mi afliccion,
que muero de mi fineza,
primero que del dolor.
Y con eſto, à Dios, ſeñora,
que ya que el alma la viò,
quiero morir, mas no oìr
la ſentencia de tu voz.
Ana. Señor Don Felix, oìd,
eſcuchad: valgame Dios!
ſi haveis dicho, y yo os he oìdo,
oìd, que aora entro yo.
Manz. Gran coſa es vèr dos amantes,
que como dos monos ſon,
que quando llegan à riña,
muy armados de furor,
ſe tocan, y no ſe muerden,
y luego juegan los dos.
Ana. Primero, ſeñor Don Felix,
que os reſponda, ſeais vos
muy bien venido, que al veros

mil

mil parabienes me doy.
Y aora bolviendo al caso,
en quanto si quiero yo,
si olvido, ò si favorezco
otro mas digno que vos,
no replico, porque sè
de essa industria la intencion,
y por fingida os respondo
con vuestra misma razon.
Si vos intentais dexarme,
y à esso os mueve otra aficion,
què necesidad teneis
de fingir que os dexo yo?
Vos decìs, que en mì el mudarme
no es culpa, sino eleccion;
pues lo que no es culpa en mì,
por què puede serlo en vos?
Luego si podeis, sin culpa,
mudaros, pues libre sois,
què mejora la mudanza,
vestida de esse color?
Demàs de que, què embaraza
à un galàn, que sin temor
con tres hombres en la calle,
por su Dama se empeñò?
Que despues la fue siguiendo,
y esperando su atencion
que saliesse de una casa,
à la suya la llevò.
No digo que era la mia,
que hace el desprecio mayor,
ni que yo venia à su lado
quando por ella riñò,
ni que ella era Doña Luisa,
porque en materias de amor
esto de nombrar las partes
es muy gran desatencion.
Y para que estas sospechas
se desmientan, si lo son,
ir por ella à un desafio,
herir al competidor;
que como èl era mi hermano,
y tan recatado vos,
viniendo herido à mi casa,
no pude saberlo yo.
Y puesto, señor Don Felix,
que esto no os embarazò,
lo que no fingìs ayer,
para què lo fingìs oy?
Què teme en mì essa cautela,
si se mudò vuestro amor?
yo de vos quexarme puedo;
pero remediarlo no.
Si es querer que no me quexe,
por conocer mi razon,
suponerme esse delito,
no es escusarme el dolor.
Señor Don Felix, si es culpa
la mudanza, ò si es traicion
el fingirme à mì culpada,
no os libra à vos de traidor.
Que tenga razon mi quexa
no os estorva vuestro amor;
y pues no tengo otro alivio,
no me quiteis la razon.
Yo todas mis esperanzas
tenia puestas en vos,
mas ya solo las tendrè
en mi desesperacion.
Mi hermano, señor Don Felix,
casada me tiene, y oy
el ultimo plazo ha sido
que dà à su resolucion.
Mas lo que yo os asseguro,
ofendida como estoy,
es, que he de morir primero,
que à otro dè mi corazon:
porque si vuestra mudanza
es liviandad, no es razon
el vèr en vos un delito,
para cometerle yo.
Ni esto es querer obligaros,
porque la palabra os doy
de sacarme antes los ojos,
que tenerlos para vos.
Esto es daros à entender,
que yo siempre soy quien soy,
aunque vos seais ingrato;
idos aora con Dios.

Felix. Doña Ana, detente, escucha.

Sale Inès alborotada.

Inès. Ay señora! muerta estoy!
mi señor ha buelto à casa,
todo perdido el color,
y las puertas ha cerrado,
que quando Manzano entrò,
los debiò de vèr sin duda;
aqui nos mata à las dos.

Ana. Ay de mì! señor Don Felix,
si aqui aora (muerta estoy!)

eſcondeos en mi quarto.
Felix. No puedo eſconderme yo,
morir, y ampararte, ſi.
Manz. Pues yo me eſcondo, ſeñor,
que tengo azar con hermanos,
y todos pienſo que ſon
deſcendientes de Caìn.
Felix. Tente, villano. *Manz.* Eſſo no,
que tiemblo de la Hermandad,
porque he fido ſalteador. *Vaſe.*
Ana. Para que ampareis mi vida
os lo ſuplico, ſeñor,
ſi veis que tengo peligro.
Felix. Para eſſe empeño aqui eſtoy. *Retir.*
Al paño Lope. Por mas que diſsimulè
la pena, y la turbacion,
no pude apartar de mì
à Don Juan; ſin duda viò
los dos hombres, que aqui entraban
quando ſalimos los dos,
y no ha querido dexarme:
mas de aqui nadie ſaliò,
y eſtà cerrada la puerta,
aora ſabrè quien ſon. *Sale.*
Hermana? *Ana.* Yo eſtoy ſin alma!
Lope. Quando yo ſalia vì dos
hombres, que entraron aqui:
dònde eſtàn? *Ana.* Yo (muerta eſtoy!)
hombres, Lope? yo, tù, quando::-
Lope. Ya es prueba tu turbacion
de mi afrenta, y tu delito.
Ana. Què es lo que dices, ſeñor?
hombres aqui? à hablar no acierto!
Lope. Yo los vì, no fue iluſion;
y aunque pueda ſer tu eſpoſo
alguno, aqui, vive Dios,
los he de matar contigo.
Ana. Lope, mira::- *Lope.* Eſſo es error:
mas todo eſſo es perder tiempo:
de eſte modo à tu traicion
le he de quitar la ſalida:
yo lo verè: ſin mì voy! *Vaſe.*
Ana. Ay Inès! què hemos de hacer?
la puerta al quarto cerrò.
Inès. La traſpuerta del Jardin
eſtà abierta, echemoslos
por ella preſto, ſeñora.
Ana. Bien dices: Felix, ſeñor, *Sale.*
por la puerta del Jardin
te puedes ir. *Felix.* Eſſo no,
viendo tu rieſgo, no puede
faltarte aqui mi valor.
Ana. Vete luego. *Felix.* Eſſo es locura.
Ana. Vete, y mira por mi honor.
Felix. Dexando à rieſgo tu vida,
no lo he de hacer, vive Dios.
Ana. Pues aqui què medio cabe?
Felix. Ponerte en ſalvo. *Ana.* Eſſo no,
que primero he de morir.
Felix. Pues lo miſmo dirè yo.
Dentro Don Lope.
Lope. Traìdor, en vano te eſcondes.
Inès. Ay, que à Manzano encontrò!
Felix. Entrarèle à defender.
Ana. Tente, Don Felix, por Dios,
que aqueſſo es perderlo todo.
Felix. Ya detenerme es peor.
Ana. Don Felix, libra mi vida,
que aunque ſea indigna accion,
donde todo eſtà perdido,
eſte es el daño menor.
Sale Manzano. Señor, que viene tràs mì.
Inès. Preſto, ſeñora, por Dios,
que nos cortan. *Ana.* Vè delante.
Inès. Hermanitos, afufon.
Ana. Mira, que hay golpe en la puerta,
Don Felix: ſin alma voy!
que el eſcuſar mayor daño
me obliga à hacer eſte error,
à peſar de mi decoro. *Vanſe.*
Sale Don Lope. Eſpera, aleve, traidor.
Dentro Inès. Echa el golpe.
Lope. Hà vil, cobarde!
el golpe à la puerta echò,
de que yo me havia olvidado,
y por ella ſe eſcapò:
infame, cobarde, què huyes?
eſpera. *Dentro Don Felix.*
Felix. No huyo de vos,
poner en ſalvo eſtas Damas
es mi primera atencion.
Y para que conozcais,
que no puedo huir, yo ſoy
aquel miſmo Cavallero,
que oy en el campo os hiriò.
Lope. Harè la puerta pedazos:
ay de mì! que mi furor
me cegò à no prevenirla:
yo te buſcarè, traidor.
Quièn ſerà eſte Cavallero,

que tirano de mi amor,
de mi honor tambien lo ha sido?
mas la pena mas atroz
es, que Don Juan es testigo
de todo mi deshonor.
Mas ya la quexa es estorvo,
y pues èl todo lo viò,
para hallar à mi enemigo
me valdrè de su valor.
Cielos, en tanta desdicha,
como padeciendo estoy,
que este sea Cavallero
es el consuelo mejor. *Vase.*

Salen Inès, y Manzano.

Manz. Entra, Inès, q̃ aqui el riesgo se mejora.
Inès. En mi vida he corrido como aora;
cierra, que ha sido dicha no pensada,
que estuviera tan cerca la posada.

Salen Don Felix, y Doña Ana.

Felix. Doña Ana, pues ya el lance ha sucedido,
por mi respeto, y por tu honor te pido,
que no me hables de quexas, ni de amores,
que solo han de servir de hacer mayores
mis sentimientos, y que falte al trato
de la atencion que debo à tu recato;
solo tratemos de enmendar el daño,
que ha sucedido, sin hablar de engaño,
que yo, como otra cosa no me pidas,
perderè en tu defensa dos mil vidas.
Ana. Còmo no? habla, D. Felix, que estoy loca;
y quando al alma essa traicion le toca,
no hay riesgo de la vida que me altere:
yo hablè anoche con hõbre que me quiere?
yo galàn? tù le viste, y yo lo estraño;
à no pensar, Don Felix, que tu engaño
lo finge por dexarme, cara à cara,
vive Dios, que del pecho me sacàra
el corazon, porque con mas pureza
vieras con èl tu engaño, y mi fineza.
Felix Dices bien, yo lo finjo por dexarte,
yo estoy enamorado en otra parte,
y es cautela, y traicion, y intento vano;
pero tambien lo fingirà Manzano,
que lo viò, y lo dirà por darte enojos.
Ana. Tù lo viste? *Manz.* Mas fue con estos ojos.
Inès. Ay triste, que ellos vieron à Don Diego!
de arriba abaxo se me abriò el talego.
Ana. Tù viste hablar cómigo un hombre, loco?
Manz. Valgame Dios! ni tanto, ni tan poco:
hablarle tù, ya fuera demasiado;
pero llamò à tu reja un embozado,
y tù luego saliste,
y con èl media hora te estuviste;
pero que tù le hablasses? no señora,
que yo no digo, que eres tu habladora.
Ana. Hombre llamò à mi reja?
Manz. Y en persona.
Ana. Traidor, villano, mientes.
Manz. Pues perdona,
que bien pudo engañarse mi deseo,
porque èl no era mayor que un Filisteo.
Ana. Inès, has visto tal bellaqueria?
Inès. Que esto es todo maldad, señora mia:
negar importa aqui, aunq̃ el gallo cante:
miren què buen testigo era el vergante!
mi ama à la ventana? havia cenado?
Manz. Pues à fè, que yo no era el assomado.
Dent. Diego. Ha de casa. *Felix.* Quièn es?
Inès. Señora, al centro.
Manz. Es un hombre, señor, q̃ entra acà den-
Felix. Retirate, Doña Ana. (tro.
Ana. Ay suerte impìa!
Inès. Calla, señora, que es bellaqueria
andarnos escondiẽdo à troche, y moche.

Escondense las dos, y sale Don Diego.

Diego. Buenas señas tomò Martin anoche,
quando por mi siguiò à este forastero:
perdonad la licencia, Cavallero,
que una duda à un peligro eslabonada,
me ha obligado à buscar vuestra posada,
y por haverme vos favorecido
anoche, oy à buscaros he venido.
Felix. Cielos, este es la causa de mi daño!
mas aqui se ha de vèr el desengaño.
Ana. Ay Inès, què desventura!
Don Diego es el que ha venido.
Inès. Jesus, que todo el vestido
se và por la picadura!
Felix. Decid, pues, lo que quereis.
Diego. Para mi intento, primero
fiaros el alma quiero:
ya vos anoche sabeis
que yo à una Dama asistia.
Ana. Si esto lo dice por mì?
Inès. Calla, y oye desde aqui.
Diego. Un año ha, que la servia,
y en los seis primeros meses
no merecì à sus enojos,
que me mirassen sus ojos:
despues mis ansias corteses

la obligaron al agrado,
y al fin mi amor advirtiò,
y mis finezas pagò
con un honeſto cuidado.
Felix. Si querrà aora Doña Ana *ap.*
decir que eſto es iluſion?
que me niegue eſta traicion!
Manz. Oyendo eſtàn la pavana:
de ſuerte, que aqueſſa Dama
ha ſeis meſes empezò,
y à los otros ſeis cayò?
Diego. Fue fineza de ſu fama,
quando para caſtos lazos
mi honeſto amor la procura.
Manz. Eſſa Dama es eſcritura,
que ſe concertò en dos plazos?
Diego. En ſeis meſes no admitiò
un afecto ſu beldad.
Manz. Bien digo yo, la mitad
para San Juan ſe rindiò.
Diego. Gaſtè un año en obligarla.
Manz. Velo aì, la otra mitad
cayò para Navidad;
bien podeis executarla.
Ana. Inès, èl no habla de mì.
Inès. Pardiez buenas boberìas;
tendrà èl ciento, pues querìas
que te amàra ſola à tì?
Diego. Y en fin, quando mi deſeo
ſu amor podia lograr,
yendola aora à buſcar,
cerrada ſu caſa veo,
y que de ella ſe ha ſalido
por un acaſo que ignoro:
yo con la fè que la adoro
pienſo que la cauſa he ſido:
porque como anoche vos
con la Juſticia reñiſteis,
aunque, como vos lo viſteis,
yo no lo ſupe, por Dios,
puede ſer que la malicia
de la necia vecindad
dè cauſa à eſta novedad,
ſi contra ſu honor ſe indicia.
Y aſsi os vengo à ſuplicar
me digais, pues eſto paſſa,
ſi ſaliò de alguna caſa
alguien que os vino à ayudar,
ò què paſsò en la pendencia,
por ſi algun indicio ſe halla,
con que yo para buſcalla
pueda hacer la diligencia.
Ana. Inès, no vès lo que paſſa?
por mì es eſto. *Inès.* Dale bola;
pues penſabas ſer tù ſola
la que ſe và de ſu caſa?
Felix. A no ſer indigna accion, *ap.*
aqui llamàra à Doña Ana,
porque viera eſta tirana
concluida ſu traicion.
Eſte hombre mi amor ignora:
què harè en lance tan cruel?
declararme yo con èl
no conviene por aora.
Cavallero (eſto ha de ſer)
quando anoche reñì yo,
nadie à ayudarme ſaliò,
ni yo lo huve menester,
que ſobrò mucho à mi eſpada:
lo que ſupe es, que reñì,
que huyeron, que los ſeguì;
de lo demàs no sè nada.
Diego. Eſto es valerme de vos,
por ſi hallaba claridad:
guardeos Dios, y perdonad
el canſaros. *Vaſe.*
Felix. Id con Dios.
Manz. No es mejor decirle à eſſe,
que eſtàn aqui eſtas ſeñoras?
Salen Doña Ana, è Inès.
Felix. Niega aora, ingrato dueño
de mis anſias; niega aora
lo que à tus ojos confieſſa
el que mi pena ocaſiona.
Diràs aora, que finjo?
diràs que es traza engañoſa
para dexarte? diràs
que de otro amor ſe provoca
el dolor con que me quexo?
mas sì diràs, quièn lo eſtorva?
que quien niega lo que vì,
negarà lo que oigo aora.
Ana. Don Felix, què es lo que dices?
que haràs que me buelva loca:
no es Don Diego de Ribera
eſſe hombre, à quien deſdeñoſa,
con mas deſdires deſprecio,
que èl con finezas me enoja?
Felix. Y como que ſon deſaires,
venir anoche de ronda

à dar muſica à tu calle,
llamar à tu rexa propia,
ſalir tù, hablarle, y cantar;
y porque mi anſia zeloſa
llegò à quexarſe à la rexa,
darme tù, porque èl lo nota,
con la ventana en los ojos,
ſatisfaccion bien airoſa:
mira tù ſi ſon deſaires,
ò finezas à mi coſta.

Ana. Cielos, què es eſto que eſcucho!
tù llegaſte à aquella hora?
èl la muſica traìa?

Manz. Y las coplas, y la ronda,
y la pendencia tambien;
pero fue el bobo de Coria,
que nos dexò en la pendencia,
y ſe fue à hacerte mas coplas.

Ana. Inès, què es eſto que dicen?
ſabeslo tù? *Inès.* Yo, ſeñora,
què he de ſaber yo? *Manz.* Jeſus!
de què ha de ſaberlo eſtotra,
ſi ella no es mas que Aduana
por donde paſſan las coſas?

Ana. Don Felix, viven los Cielos,
que me obligas à que rompa
con tu reſpeto, y el mio,
ſi eſſas traiciones abonas.
Añadirme tù otra pena
à la que vès que me ahoga,
es tirar à hacer mortal
el golpe de mi congoja.
Y ſi te canſa mi vida,
porque otro amor te provoca,
donde eſtà el de verte ageno,
qualquiera tormento ſobra.
Què vida podrà quedarme,
quando vez que à otra adoras?
pues para què es otro golpe,
ſi eſſe me la quita toda?
Si es querer hacer mi muerte
mas afligida, y penoſa,
muerta la vida de amor,
no hay ſentido para otra.
Pues ſi eſto, ſeñor, es cierto,
no en el veneno interpongas
la dulzura del engaño
à lo amargo de la copa;
franqueame la bebida,
y muera de una vez ſola,
que es matar con avaricia
cobardìa riguroſa.
Mas ſi mi eſtrella conoces,
bien haces, finge, ocaſiona,
añade rigor, deſmiente,
buſca engaños, buſca formas,
que ſegun ſoy de infeliz,
en penas tan doloroſas,
muriendo de cada una,
tendrè vida para todas.

Felix. Manzano, yo he de perder
el juicio. *Manz.* A buena hora;
pues quien viò lo que viò anoche,
y à vèr à ſu Dama torna,
tiene juicio que perder?

Felix. Fue iluſion, fue ſueño, ò ſombra
lo que vì, y lo que à Don Diego
eſcuchè aqui de ſu boca?

Manz. Señor, puede ſer. *Felix.* Pues còmo,
ſi lo vì, y lo eſcucho aora?

Manz. Porque lo vì yo tambien.

Felix. Què dices? *Manz.* Pues eſſo ignoras?
uno no puede engañarſe;
pero dos, es facil coſa;
y ſi no digalo Inès.

Inès. Pues yo sè de eſſas hiſtorias?
me dà lugar mi labor
de andarme viendo eſſas ſombras?

Manz. Tù, què has de vèr de un galàn,
que feſtejò à una ſeñora?

Inès. Claro eſtà, que no veo nada.

Manz. No vès nada; pero tocas.

Inès. Què he de tocar?

Manz. Tus derechos,
porque tù no te ſobornas.

Felix. Doña Ana, para que yo
no me deſeſpere aora
de no ſufrir lo que finges,
y de ſentir lo que lloras,
de haver viſto yo un galàn,
que en tu preſencia conforma
lo que mi oìdo acredita,
à lo que mis ojos notan;
què diſculpa puedes darme?
pienſala, que ſi la logras,
te perdonarè el engaño,
por lograr eſſa liſonja.

Ana. Pues es meneſter penſar
una verdad tan notoria?

Felix. Pues què verdad hay en eſto?

Ana.

Ana. Que tù à ſu hermana enamoras,
y èl à mì, y fingìs los dos
lo que à entrambos os importa.
Manz. Encontròſela, y al buelo;
vive Dios, que es cazadora.
Felix. Pues tù quieres que yo finja
lo que en mì primero corta?
Ana. Pues què corta en tì primero?
Felix. Pues no corta en quien te adora
el cuchillo de perderte?
Ana. Què tiernamente lo notas!
làſtima es que no te crea;
duele mucho lo que corta?
Felix. Pues no me quita la vida?
Ana. No es mucho mal donde hay otra.
Felix. Bien dices, donde hay la tuya,
que la adoro, aunque no es propia.
Ana. No te conſueles con ella,
que te aſſeguro, que es poca.
Felix. Dexemos eſto, Doña Ana,
que ſi tu hechizo te abona,
por no perder tu dulzura,
paſſarè por mi deshonra.

Sale Leonor con manto.

Leon. Eſtà aqui el ſeñor Don Felix?
Felix. Quièn es? *Manz.* Una muger ſola.
Felix. Pues ſeñora, què mandais?
Leon. Doña Luiſa mi ſeñora
os ſuplica, que mañana
os llegueis à la Victoria,
que alli à las diez os eſpera,
porque el hablaros la importa.
Ana. Ha ingrato amante! ay Inès!
mira aqui ſi ſe conforma
eſte recado, y ſu quexa?
Felix. Pues à mì eſſa mi ſeñora,
què me tiene que mandar?
Ana. Si, diſsimulalo aora,
que eſto eſtà muy disfrazado.
Leon. Teniendola tan quexoſa,
que por ella à un deſafio
ſalìs, en vano lo ignora
vueſtro deſcuido, ſeñor.
Ana. Huelgome que ella reſponda
al intento de tu engaño.
Felix. En eſto eſtraño dos coſas,
una el ſaber mi poſada,
y el que me buſque la otra,
porque yo tuvieſſe un duelo.
Leon. De la una à mì me toca
dar razon, pues un criado
que os ſiguiò anoche à deshora,
nos dixo vueſtra poſada;
la otra toca à mi ſeñora,
y ella os darà razon de ella.
Felix. Pues decidle, que à eſſa hora
irè à vèr lo que me manda.
Leon. A Dios, que ella ſerà pronta. *Vaſe.*
Ana. Mira aqui, tirano dueño,
mira ſi ſe ha viſto toda
la intencion, mal prevenida
de tu quexa cauteloſa.
Felix. Què, pienſas que te he de dar
ſatisfaccion? no, ſeñora,
que ni de tì quiero oìrla,
ni que tù de mì la oigas.
Ana. Pues ſi tu traicion he viſto,
para què à negarme tornas?
Felix. Eſſo es imaginacion,
y aqueſta es verdad notoria.
Ana. A lo que miran los ojos
imaginaciones nombras?
Felix. Lo que yo oì, y lo que vì
tiene prueba mas forzoſa.
Ana. Pues què tienen tus ſentidos,
que à los mios ſe mejoran?
Felix. Vèr yo lo que es evidencia,
y tù una apariencia ſola.
Ana. Apariencia es ir al campo,
por la Dama à quien adoras?
Felix. Si, que ſin amor ſe riñe,
ſi el enojo lo ocaſiona.
Ana. Y te buſca ſin amor,
ya que ſin èl te provoca?
Felix. No ha dicho ella que la quiero,
como èl, que à tì te enamora.
Ana. Eſſo es concierto de entràmbos.
Manz. Ya es de mala eſſa pelota.
Inès. No ſino buena, y rebuena.
Manz. Pues pidaſe à la redonda,
y pido falta tambien,
porque te tocò en la ropa.
Ana. De ſuerte, que porque eſtoy
ſujeta à tu amparo aora,
quieres que valga tu engaño
mas que mis verdades todas?
Felix. Doña Ana, eſſo es apurarme,
y aun obligarme à que rompa
el coto de tu decoro,
y con voz eſcandaloſa

te

te trate como à muger,
que à dos à un tiempo enamora.
Ana. No hagais tal, señor Don Felix,
que aunque un riesgo me congoja,
aunque un peligro me oprime,
sabrè, amparando mi honra,
morir, y no permitir,
que useis licencia tan loca.
Y para no ocasionarla,
lo que os pido desde aora,
es, que penseis, que mi amor
ha sido un sueño, una sombra,
que ni me haveis conocido,
ni yo à vos, que de esta forma,
ni andareis vos atrevido,
ni mi fama peligrosa.
Inès, el manto te cubre,
y pues ya es de noche, aora
vèn à casa de mi prima,
para que alli se disponga,
que yo à un Convento me vaya.
Felix. Buena es la causa que tomas
para buscar à Don Diego.
Ana. Ya satisfacer no importa,
lo que quisiereis pensad:
vèn, Inès. *Inès.* Vamos, señora.
Felix. Pues yo te he de acompañar.
Ana. Ya mi riesgo à vos no os toca,
yo os absuelvo del desaire.
Felix. Yo no he de dexarte ir sola;
mira bien à donde vàs.
Ana. Quien me guia es mi congoja;
primero irè à Doña Luisa,
à apurar esta ponzoña. *Vanse.*
Manz. Señor, detente aqui un poco,
y veràs si acà no tornan.
Felix. Y he de dexarla yo al riesgo
de que alguno la conozca,
y pueda hallarla su hermano?
Manz. Mas que antes de un quarto de hora
buelven aqui? *Felix.* Vèn tràs ellas,
que aunque es de noche, vàn solas.
Sale Don Juan al encuentro de Don Felix.
Juan. Deteneos, Cavallero.
Manz. Buena, por Dios, y à buen hora.
Felix. Què me quereis, ò quièn sois?
Juan. Quien tiene à cargo la honra,
que le ha fiado un amigo,
y al passar por aqui aora,
de esta puerta dos mugeres
viò salir, que se la roban.
Yo no he querido seguirlas,
creyendo, que mas importa
reconoceros à vos;
mas lo que à mi edad le toca,
solo es buscar el remedio,
si de esto hay alguna forma:
miradlo, ò serà la espada
ultima razon de todas.
Felix. Manzano, hay mayor desdicha?
mi padre es este, aunque corras,
vè tù siguiendo à Doña Ana
por essotra puerta.
Manz. Arroga. *Vase.*
Felix. La voz importa fingir:
Cavallero, aquesse empeño,
ni os toca à vos, como dueño,
ni es facil de conseguir.
Juan. Yo os he de reconocer.
Felix. Yo no os lo he de permitir,
ni con vos he de reñir.
Juan. Pues mirad como ha de ser.
Felix. Huyendo yo, y os prometo,
que no es falta de osadia.
Juan. Pues huir no es cobardìa?
Felix. Tambien puede ser respeto.
Juan. Esso me obliga à intentar
conoceros, y os prometo,
si me fiais el secreto,
de procurarlo mediar.
Felix. Que no puede ser recelo.
Juan. Por què no, si os doy favor?
Felix. Porque es empeño de honor,
y no hay medio en este duelo.
Juan. Yo os debo favorecer,
por lo que de vos he oìdo.
Felix. Sereis contra el ofendido,
y no lo podeis hacer.
Juan. Que puedo hacerlo colijo,
por lo que pienso de vos.
Felix. Hicierais mal, vive Dios,
aunque fuera vuestro hijo.
Juan. Què os importa en caso tal,
que yo me haga esse desdèn?
Felix. El estarme à mì muy bien
el que vos no quedeis mal.
Juan. Callar juro, y solo quiero,
que me digais quien sois vos.
Felix. Un Cavallero, y à Dios.
Juan. Quièn serà este Cavallero?

JOR-

JORNADA TERCERA.

Salen Don Felix, y Manzano.

Felix. Todo eſto es morir, Manzano,
mi pena el pecho me parte.
Manz. Pues, ſeñor, vè à confeſſarte,
y muere como Chriſtiano.
Felix. Con tormento tan tirano
à matarme me provoco.
Manz. Señor, aliviate un poco
de peſares tan atroces,
grita, quexate, dà voces,
y no mueras como loco.
Felix. Con Don Diego eſta tirana
ſe ha ido. *Manz.* No lo he penſado,
porque ello la hemos buſcado
de la noche à la mañana;
yo he ido à ſu primahermana
à buſcarla, como un fuego,
todas ſus amigas luego
he corrido, y no eſtà allà;
con que ello inferido eſtà,
que no eſtarà con Don Diego.
Felix. Pues dònde, ſi mis cuidados
no la hallan con otro dueño?
Manz. Mira, en un Lugar pequeño
havia cinco enamorados;
fueſe ſu Dama, y turbados,
unos de otros ſoſpechaban;
y luego el caſo ſabido,
hallaron, que ſe havia ido
con otro que no penſaban.
Felix. El fin duda ha de ocultalla,
Don Diego logra el favor.
Manz. Pues ſi eſſo es cierto, ſeñor,
para què vàs à buſcalla?
Felix. Porque mi amor me avaſſalla
à eſte tormento, aunque es fuerte;
porque aunque el peligro advierte,
buſca engañado mi amor
la dulzura del dolor,
haſta llegar à la muerte.
Al hidropico retrata
mi afecto con ſu belleza,
donde es la ſed mi fineza,
y ella el agua que me mata:
miro ſu hermoſura ingrata,
y al beber el deſengaño,
templo la ſed, mas el daño
ſe aumenta en mal tan aleve,
porque mientras mas ſe bebe,
crece la ſed del engaño.
El comun exemplo mira
de la ſimple maripoſa,
que de la llama amoroſa
ronda el rayo, la luz gira:
à lograr en ella aſpira
el alivio de ſu amor,
y le quita ſu rigor
las alas para vivir;
pero què importa morir,
donde es tan dulce el ardor?
Yo en ſu hermoſiſsimo encanto
hallo el fuego de ſus ojos,
donde à templar ſus enojos
ſale el criſtal de ſu llanto:
no admires que buſque tanto
aquella agua en que me anego,
aquella luz en que ciego,
ſi ſoy con mi fè amoroſa
hidropico, y maripoſa
de aquel criſtal, y aquel fuego.
Manz. Pues yo el buſcalla condeno
en ſu caſa, porque ſi entras,
què has de hacer, ſi allà la encuentras?
Felix. Apurar eſte veneno.
Manz. Y ſi ella el roſtro ſereno,
te dixeſſe, por favor:
Uſted me canſa, ſeñor,
dexeme ya, por San Juan?
Felix. Matarme con ſu galàn,
por malograrme el amor.
Manz. Un Vizcaìno inſufrible
por una calle iba andando,
y en una rexa, paſſando,
ſe diò un codazo terrible.
Enfurecido, aunque en vano,
bolviò à la rexa culpada,
y la diò tan gran puñada,
que ſe deſtroncò la mano.
Irritòſe, y à dos brazos
tomò, ſacando la eſpada,
y alli, à pura cuchillada,
la hizo en la rexa pedazos.
Partiò diciendo, à ſu modo:
Manos rompes? quiebras codos?
pues toma lo que has llevado.
Igual venganza te llama,

ſi

si vàs con mucha fineza
à que èl te abra la cabeza,
sobre llevarte la Dama.
Y serà glorioſa empreſſa,
si èl te zurra la badana,
decirle luego à Doña Ana:
me dexas: pues tomate eſſa.
Felix. Yo he de entrarlo à averiguar,
fingiendo que à hablarle voy.
Manz. Pues señor::- *Felix.* Reſuelto eſtoy,
no tienes que replicar;
aqui vive, entremos luego.
Manz. Mira::- *Felix.* No me adviertas nada.
Manz. Vamos à quebrar la eſpada
en la rexa de Don Diego. *Vanſe.*
Salen Doña Luiſa, Leonor, Doña Ana, è Inès.
Luiſa. Eſto, Doña Ana, paſſa, y te aſſeguro,
que haſta aora ignoraba tu cuidado.
Ana. De gran tormenta, amiga, me has ſacado.
Ay Don Felix! aora conjeturo
tu peſar con el mio,
mas ſabe amor, que ha ſido deſvarìo.
Luiſa. De juſta quexa en ocaſion me pones,
con dudar de mi amor eſſas traiciones,
ſabiendo tù lo que à Don Lope quiero,
que yo llame à Don Felix, porque eſpero
que à tu hermano por mi le ſatisfaga,
pues por ſu punto mi decoro eſtraga.
Ana. Los zelos no dàn quexa, amiga mia,
porque ſon una oſada cobardìa:
no hay reſpeto, grandeza, ſangre, ò fuero,
que los refrene, à la razon ſe ciegan,
renuncian la eſperanza, la fè niegan,
vèn, y no eſcuchan, de temor movidos,
porque ſon unos ojos ſin oidos.
Inès. No te dixe yo ſiempre, que era en vano,
que Doña Luiſa ſiempre amò à tu hermano?
Ana. De albricias del contento eſtimo el ſuſto.
Inès. Eſſotra havia de emplear ſu guſto
en Don Felix, que no es mas que un ſugeto
muy galàn, muy valiente, y muy diſcreto,
muy liberal, y amante con exceſſo?
ſeñora, que no hablemos mas en eſſo.
Ana. Ya, Doña Luiſa, que de tì obligada
eſtoy, de mi paſsion deſengañada,
quiſiera que Don Felix lo eſtuviera;
y aunque tù ſabes ya de la manera
que mi ſoſpecha me guiò à tu caſa,
ſi èl me vè aqui, ignorando lo que paſſa,
no ha de atender à mas, como eſtà ciego,
ſino à que eſtoy en caſa de Don Diego.
Luiſa. Pues què quieres hacer?
Ana. Que tù al momento
vayas à prevenirme algun Convento,
donde yo me aſſegure de mi hermano,
que deſde alli, pues ſu recelo es vano,
podrà Don Felix vèr ſu deſvarìo,
y tener mejor fin el rieſgo mio.
Luiſa. Ya Don Diego ha acabado de veſtirſe,
y por aqui es el paſſo para irſe;
entrate adentro, no te encuentre aora.
Ana. Antes le quiero hablar.
Inès. Jeſus, ſeñora! (cìo?
tù à Don Diego hablar quieres? tienes jui-
Ana Si, que quiero decirle, con què indicio,
de què palabra, ò ſeñas ha inferido
que yo pago ſu amor, y le he admitido?
Inès. Ay! juſticia de Dios, que me revela
la confeſsion; aqui de una cautela.
Señora, pues aora eſſo querias?
no vès que amor es todo boberìas,
y eſta havrà ſido alguna de las ſuyas,
y ſi tù las rebuelves ſeràn tuyas?
Eſtando à tanto rieſgo, y ſin ſoſsiego,
no es mejor que le empeñes à Don Diego,
diſsimulando todos tus peſares,
en que buſque el Convento,
que harà la diligencia en un momento?
y eſtando tù en ſeguro,
le puedes hablar claro, poco, y puro.
Luiſa. Muy bien ha dicho Inès.
Inès. Que ſi ſeñora.
Ana. Eſſo he de hacer, diſsimulando aora.
Luiſa. Pues èl ſale, diſponte à prevenillo.
Inès. Eſto es echarle al rieſgo un remendillo,
dure lo que durare lo encubierto.
Dentro Don Diego.
Diego. Leonor, mira q̃ el quarto queda abierto,
entra luego à cerrarle: mas què miro! *Sale.*
Ana. Mucho harè en reprimir lo que ſuſpiro.
Al paño Don Felix, y Manzano.
Felix. El es. *Manz.* Llamale pues.
Felix. Tente, que he entrado
en mejor ocaſion, que hemos penſado.
Diego. Quien madruga, ſeñora,
no tiene que admirar vèr al Auroro,
ni hallar la dicha, que llorò perdida,
ſi por no merecida,
la noche la perdiò de mis enojos,
y la hallò con la luz de vueſtros ojos.

Felix. Cielos, què es lo que eſcucho!
mira ſi cierto fue lo que imagino.
Manz. Ya te azotan aqui por adivino.
Diego. Pero de vèr vueſtro ſemblante infiero
vueſtro diſguſto, y que advirtais eſpero,
que ſi yo he dado cauſa à eſſa tibieza,
tiene diſculpa el yerro en mi fineza,
pues por ſer atrevida
os cueſta eſſe peſar; pero la vida
perderè en vueſtro amparo, por diſculpa.
Ana. De eſto me he de valer, pues èl ſe culpa.
Cierto es, ſeñor Don Diego,
que por vos de eſte modo à verme llego,
mi vida aventurada,
mi honor à rieſgo, mi opinion ajada,
y vos ſolo la cauſa me haveis dado;
bien ſabe amor, q̃ es èl quien lo ha cauſado.
Felix. De aqui, Manzano, no ſaldrè con vida.
Manz. Ya eſtoy penſando yo en la zambullida.
Ana. Pero ya en el peligro ſucedido,
en vano es condenar lo inadvertido,
ſino buſcar la enmienda que lo abona.
Diego. Para eſſo eſtà mi eſpada, y mi perſona.
Ana. Menos es meneſter que eſſa violencia,
pues baſta aora vueſtra diligencia.
Diego. Decidme, pues, en què ſerviros puedo.
Ana. De mi hermano me aſſuſta el juſto miedo,
y haſta eſtàr ſu ſoſpecha ſoſſegada,
bien veis que importa eſtàr aſſegurada,
y el remedio mejor es, que al momento
vos vais à prevenirme algun Convento
donde yo pueda eſtàr decentemente,
mientras paſſa el horror de eſte accidente.
Diego. Agradecido à mi feliz eſtrella,
pues tal ventura ſolamente es de ella,
de mì tan preſto os hallareis ſervida,
que al bolveros à vèr obedecida,
imagineis que amor me diò ſus alas. *Vaſe.*
Ana. Ay fortuna! ſi al mal el bien igualas,
bien ſe vàn mejorando mis enojos.
Felix. Ha cruel! eſſo es bien? peſe à tus ojos.
Ana. Ya, Doña Luiſa, ſolo eſtà mi ſuerte
en que mi hermano aqui no venga à verte,
ni haſta que yo al Convento me haya ido,
ſepa Don Felix, que de aqui he ſalido,
porque es terrible ſu paſsion zeloſa.
Sale Felix. Eſſo no lograràs, Circe engañoſa.
Manz. Degollemoslas todas, vaya arreo.
Ana. Peſares, ay de mì! què es lo que veo?
Felix. Eſto es romper con la preſa
del dolor, crecer un rio,
cuya violencia ſe arraſtra
troncos, piedras, y edificios.
Tendràs aora diſculpa,
ingrato dueño querido?
que aun agraviado de tì,
no me he de apartar de fino.
Havrà induſtria à que apelar,
para engañarme? havrà arbitrio?
pluguiera al Cielo le huviera,
que en el fuego que reſpiro,
ſi me ha de acabar ſu ardor,
mejor le eſtaba al ſentido
conſumirſe de mi llama,
que morir de tu delito.
Pues vive el Cielo, cruel,
que ya que alargas el tiro
del rigor de la venganza,
le he de alargar yo contigo.
No tengo otra, ſino hacer,
que como aqui lo averiguo,
dos que à un miſmo tiempo engañas,
los pierdas à un tiempo miſmo.
A ſeguir voy à tu amante,
porque hallandole mi brio,
èl muera de mi venganza,
yo de la ſuya, y tu hechizo.
Acabeſe aſsi tu engaño,
ceſſe aſsi el tormento mio,
y muera yo conſolado
con que eſſe placer te quito.
Ana. Don Felix, ſeñor, detente:
Doña Luiſa. *Luiſa.* Yo os ſuplìco,
que os detengais. *Felix.* Es en vano.
Ana. Mi bien, ſeñor, dueño mio,
eſcucha. *Felix.* En vano es tenerme.
Luiſa. Yo por mi atencion os pido
que eſcucheis.
Felix. No hay atenciones;
y perdonad, ſi eſto os digo,
que viendo à quien no las tiene,
hago yo lo que he aprendido. *Vaſe.*
Manz. Y yo he aprendido tambien,
y sè ya tanto el oficio,
que ſi aqui engañan à dos,
yo voy à engañar à cinco.
Ana. Ha Manzano, eſcucha, eſpera;
tenedle, Inès. *Inès.* Manzanillo,
buelve aqui. *Manz.* Pues para què,
ſi ya uſtedes me han mordido?

Ana.

Ana. Por dònde entrò tu señor?
Manz. Como el mozo es atrevido,
entrò por la boca manga.
Luisa. Pues aquesso no està visto?
por el quarto de mi hermano,
que estaba abierto.
Manz. Esto es lindo;
si aqui ustedes le han abierto,
què dudan por donde vino?
Ana. Pues èl hablò con Don Diego
quando aqui entrò, ò còmo ha sido?
Manz. No hablò sino con el diablo,
pues sin verlo me lo dixo.
Ana. Què te dixo? *Manz.* Lo que viò.
Ana. Pues aqui, què es lo que ha visto?
Manz. La labor que haciendo estais,
que aqui no hay otro delito.
Inès. Què labor? *Manz.* Medias de pelo,
y entre puntos, y nudillos,
mi amo entraba en los menguados,
y Don Diego en los crecidos.
Pero por Dios, que esta vez
no han de tener artificio
para remediarle el punto,
que à mi amo se le ha ido,
porque èl lleva ya carrera.
Ana. Manzano, del dolor mio
tèn piedad, y haz tù que buelva,
y toma este cordoncillo.
Manz. Pues esso es buelta por buelta.
Ana. Hazlo, por Dios. *Manz.* Vive Christo,
que me has puesto una cadena
para servir, y ya digo,
que ni quieres à Don Diego,
ni à su casa te has venido,
ni aora hablabas con èl,
que esto no es mas que un indicio:
miente el mundo, y yo el primero.
Inès. Aora te haces amigo?
Manz. Pues si me sitian la plaza,
es mucho haverme rendido
en echandome el cordon?
Ana. Que hagas que buelva te pido.
Manz. Què llamas hacer que buelva?
si aora se huviera ido
al juego de la pelota,
le harè que buelva al proviso,
aunque le encuentre sacando.
Ana. Que no me faltes te digo.
Manz. No, si èl buelve, no harà falta.
Ana. Pues buelve tù à darme aviso.
Manz. Bolverè quanto quisieres,
como no sea el cordoncillo. *Vase.*
Ana. Doña Luisa, ay muger mas desdichada!
mi primera atencion me sale errada:
què culpa es la que el Cielo me castiga?
Luisa. Ay Doña Ana! no sè lo que te diga:
piensas que es poca culpa un amor fino,
que siempre es ojeriza del destino?
Inès. Miren q̃ à buen compàs se estàn quexàdo,
y yo disimulando,
con ser à quien la culpa mas le toca,
me estoy aqui sin despegar mi boca.
Al paño Don Lope.
Lope. Ya que por mi impaciencia desespero
de hallar quien sea aquesse Cavallero,
ni indicio alguno de mi aleve hermana,
le busco en Doña Luisa, y nò es muy vana
mi pretension, que en estos pareceres
unas de otras se valen las mugeres:
mas con visita està, tenerme quiero.
Ana. Ya de que buelva à hablarme desespero,
segun iba resuelto.
Inès. Que no, si el quiere bien, dale por buelto:
mas hele, un hombre viene, èl es sin duda.
Và àzia donde està Don Lope, y èl sale.
Ana. Mi bien, mi dueño, si el dexarme muda::-
Lope. Ha traidor! què miro! *Ana.* Ay D. Luisa!
Luis. D. Lope, q̃ haces? *Inès.* Detenedle aprisa.
Lope. Muera esta aleve, que mi honor abrasa.
Luisa. Assi el respeto pierdes à mi casa?
Lope. A agravios no hay respeto q̃ me riñas:
viven los Cielos::- *Inès.* Detenedle, niñas.
Luis. Què agravios hay aqui, sino ha una hora
que la dexò mi hermano, que và aora
à hacer la diligencia de un Convento?
entre tanto està mal en mi aposento?
Lope. Què es lo q̃ escucho! si D. Diego ha sido
quien aqui la ha traìdo, *ap.*
à mì me està muy bien que sea su esposo;
con casarla con èl quedo gustoso, (to.
que primero es mi honor, que mi conocier-
Inès. Señora, en este engaño toma puerto.
Ana. No puedo hablar, Inès, que estoy cortada.
Inès. Ay señor! mi señora està turbada;
Don Diego es quien aqui nos ha traìdo,
todo se acaba bien con un marido,
que mejor que sentencia, es conveniencia.
Lope. No quiero yo apelar à otra sentencia,
que con Don Diego logro mucha palma:

què dices? *Inès.* Dì que sì, pese à tu alma.
Ana. Señor, la turbacion, y el temor mio
no me dexan hablar; yo de tì fio,
que en qualquier accidente
harás lo que à mi honor es conveniente.
Lope. Pues dònde està D. Diego, ù dõde ha ido?
Luisa. A buscar el Convento aora ha salido.
Lope. Pues irèle à buscar, que esto ajustado
està todo, como èl quede casado; (mana
que aunque èl no sea quien sacò à mi her-
de mi casa, pues hallo aqui à Doña Ana,
ò el Cavallero amigo suyo era,
ò iba con èl, y caso que no fuera,
para què apuro lo que en esto passa,
si à mì me basta que la hallè en su casa?
y no hablarè en mi quexa à Doña Luisa,
hasta hacer diligencia tan precisa. *Vase.*

Sale Don Felix.

Ana. Ay Doña Luisa! valgame el retiro!
Felix. Ya para què ha de ser?
Ana. Cielos, què miro!
Felix. A quien por tu peligro desvelado,
y viendo que tu hermano aqui havia en-
tràs èl se vino, solo à defenderte, (trado,
para vèr la sentencia de su muerte;
pues viendo ya su enojo reportado,
à la puerta quedò, donde he escuchado
de mi dolor el ultimo decreto;
pues para que mi muerte, con su efeto,
apelacion yo tenga para nada,
ya està por tres sentencias confirmada.
Luisa. Jesus, y què desdicha! *Inès.* S. Antonio!
señores, esto trazalo el Demonio?
Ana. Don Felix, señor, si el hado,
el acaso, y el ahogo,
el Cielo, tu amor, mi pena,
se conjuran en mi oprobio;
yo soy solo un corazon,
donde no cabe por corto,
resistencia para uno,
mirà què harà para todos?
La fuerza de mi sospecha,
anoche entre tanto ahogo,
me traxo aquì, donde hallè
desengaños, y socorro.
Con Don Diego esta mañana
disimulè mis enojos,
porque me busque un Convento,
que es el mas honesto abono.
Y si yo huviera advertido
sus afectos amorosos,
para què era otro sagrado,
donde tengo el que yo escojo?
Al entrar aqui mi hermano,
por reportarle furioso,
llevè adelante el engaño,
à que diò principio èl propio.
Mas si todo esto se junta
à suceder de este modo,
què he de hacer, si tus sospechas
yo parece que las compro?
Que me lleves à tu casa
es lo que te pido solo,
que alli estoy con tus hermanas
con defensa, y con abono.
Mas todas estas razones,
que son vanas reconozco,
que zelos al vèr son linces,
pero al escuchar son sordos.
Solo à mi inocencia apelo,
y te ruego por tì propio,
que me lleves donde digo,
por piedad de mis sollozos.
Felix. Doña Ana, aora no es tiempo,
siendo el peligro tan pronto,
ni de admitir la razon,
ni de impugnarla tampoco:
pero para que conozcas
à lo que por tì me arrojo,
siendo deuda del valor,
en lo que me pides, noto
quatro mil inconvenientes,
y he de atropellar por todos:
ponte el manto, y vèn conmigo.
Ana. Sacale, Inès. *Inès.* No es ahorro
ponertele de camino?
Ana. Doña Luisa, à Dios; y solo
te prevengo, que no digas,
aunque sea mas forzoso,
ni con quièn, ni dònde he ido.
Luisa. Esso es demàs.
Inès. A Dios, bobos. *Vanse.*
Luisa. Yo soy quien queda mas bien,
si aora vienen los otros.
Leon. Pues tù, què culpa has tenido?
Luisa. La de pagar yo su enojo,
pues Don Lope en mi desaire
ha de desquitarle todo.
Leon. Pues, señora, dicho, y hecho,
y el diablo le añade un poco,

pues

pues vienen entrambos juntos.
Salen Don Lope, y Don Diego.
Lope. Don Diego, ya lo quexoso
no importa, pues tan honrado
quedo con vos. *Diego.* Saber solo,
que ya Doña Ana tenia
de vuestra eleccion esposo,
me embarazò à declararme.
Lope. Con esto se ajusta todo:
llamad, señora, à mi hermana.
Luis. Què hermana? *Leon.* Và de alboroto.
Diego. Doña Ana no està contigo?
Luisa. Acabado de ir vosotros,
tomò su manto, y se fue,
sin saber yo à què, ni còmo.
Lope. Què es lo que escucho? ha traidora!
Diego. Pues por què ha sido esse arrojo,
si ella me quiere, y en ello
viene ya su hermano, y todo?
Luisa. Don Diego, estàs engañado,
porque ella tiene otro esposo,
que es lo que puedo saber,
aunque quien es no conozco.
Lope. Cielos, quièn puede ser esse?
Luisa. Esso preguntè, mas solo
dice, que es un Cavallero.
Lope. Ha traidor! que este es el propio,
que la sacò de mi casa.
Diego. Pues quièn es?
Lope. Un hombre, un monstruo,
que en nombre de un Cavallero,
sin saber mas, me trae loco.
Diego. Retirate adentro, hermana.
Luisa. Ya le importa à mi decoro
desengañar à Don Lope:
bolver à hablarle es forzoso. *Vase.*
Diego. No teneis de èl otras señas?
Lope. El es un Soldado mozo,
con quien antenoche vos
me hallasteis. *Diego.* Yo le conozco:
vive Dios, que he de matarle,
y he de ir à buscarle solo,
pues de èl mi amor he fiado,
y me ha engañado alevoso.
Don Lope, porque no erremos
la venganza, de este modo
el hallarle se asegura:
mientras que yo reconozco
la posada donde èl vive,
vos esperad aqui un poco,
por si alguien buelvè à mi casa:
assi asseguro el ir solo. *Vase.*
Lope. Id, que yo aguardo en la calle.
Cielos, sacadme vosotros
de este Cavallero enigma,
causa de tantos assombros.
Sale Doña Luis. D. Lope, escucha, detente.
Lope. Què me quieres? *Luisa.* Es buen modo
entrar à verme dos veces,
estès, ò no estès quexoso,
y irte entrambas sin hablarme?
Lope. Esso me faltaba solo,
tràs el dolor que padezco,
ingrata, quando conozco,
que tambien amor me engaña.
Luisa. Don Lope, si estais furioso
por vuestra hermana, no es bien
vengarlo en mì, que es muy tosco
esse estilo, y muy grossero
para mi oìdo, y mis ojos.
Una fantasìa zelosa,
por unos ciegos antojos,
no es causa para esse estilo:
mas para que ciego, ò loco,
otra vez no useis conmigo
de tan pesados arrojos,
aquel Cavallero mismo
de quien vos estais zeloso
(Doña Ana aqui me perdone,
que primero es mi decoro)
es quien llevò à vuestra hermana
con titulo de su esposo.
Mirad si es cosa creible,
que sin hacerle yo estorvo,
si èl me amàra, se atreviera
à tanto empeño à mis ojos?
O si soy muger, que amando,
tuviera el brio tan corto,
que caso que èl se atreviera,
passàra por esse oprobio,
sin que le:: pero esto sobra;
y es lo cierto, que era impropio
traer yo desaires vuestros,
fingidos para mi abono:
Y es cierto, que no lo hiciera,
à no saber, ni tampoco
à no ser para el empeño
de defender mi decoro.
Mas èl llevò à su muger,
y ella se fue con su esposo;

y

y pues ya eſtais ſatisfecho,
ò no lo eſteis, que eſſe ahorro
perderà vueſtro ſoſsiego:
os ſuplico, que en retorno
no me hableis en vueſtra vida,
ſi quereis quedar airoſo.
Lope. Señora, mi bien, eſpera;
el conſuelo, que en tì ſolo
me queda, quieres quitarme?
no tiene fuero un zeloſo
de poder ſer atrevido?
Luiſa. Eſſo ſi, pero no loco.
Lope. Que me perdones te pido,
y me digas por tus ojos
quièn es eſte Cavallero?
Sale Manzano.
Manz. A èl ſe lo llevò el Demonio:
mi ſeñor:: pero què miro!
la caſa errè, perdonad.
Lope. No haveis errado, eſperad.
Manz. Sabe uſtè à lo que yo tiro?
vive Dios, que es el hermano. *ap.*
Lope. Eſte es criado ſin duda, *ap.*
ſabrè lo que el alma duda,
pues me ha venido à la mano:
à quièn buſcais aqui vos?
Manz. A Don Juan Zaquizamì,
vive aqui? *Luiſa.* No vive aqui.
Manz. Pues quedeſe uſted con Dios.
Lope. Aguardad: quièn, pues lo ignora,
dueño es de vueſtra perſona?
Manz. Mi dueño es una fregona,
pero limpia como el oro.
Lope. La curioſidad no es tanta,
ni os toco yo en eſſe punto;
à quièn ſervìs os pregunto?
Manz. Yo, à Dios la Semana Santa.
Lope. No teneis amo, menguado?
que ya, vive Dios, me irrito.
Manz. No, vive Dios, es delito,
que no ſea yo criado?
Lope. No, que yo de ello me alegro:
mas còmo quando yo os vì
entraſteis, diciendo aqui,
mi ſeñor? *Manz.* Eſſe es mi ſuegro.
Lope. Sois caſado? *Manz.* Siete veces.
Lope. Yo os he viſto à vos al lado
de un Cavallero Soldado.
Manz. Mas que me caſca las nueces: *ap.*
eſſe es un ſobrino mio,
que eſtà en Madrid, foraſtero.
Lope. Quièn es eſſe Cavallero?
Manz. El ſobrino de ſu tio.
Lope. Què es ſu nombre?
Manz. Hay tal aprieto?
Pierres. *Lope.* Eſſe el nombre es?
Manz. Es eſpìa, y porque lo es,
anda en la Corte en ſecreto.
Lope. Y dònde eſtà? *Manz.* Es vagabundo,
y eſtà en una caſa eſtraña.
Lope. Quièn vive alli?
Manz. El Rey de Eſpaña,
à peſar de todo el mundo.
Lope Vos tambien hablais de encanto?
pues vive Dios, que mi eſpada::
Manz. Deme uſtè una cuchillada,
y no me pregunte tanto.
Lope. Vengarme en vos es baxeza,
ni es eſſo lo que ha de ſer.
Manz. Pues ya què mas ha de hacer,
ſi me ha roto la cabeza?
Luiſa. Eſſe hombre, ſea quien fuere,
què te puede ocaſionar?
Lope. Mejor es diſsimular,
y ſeguirle donde fuere.
Manz. Quiere uſted mas? *Lope.* Idos vos
Manz. Declarè bien? *Lope.* Fue capricho.
Manz. Quiere uſted que firme el dicho?
Lope. Idos de aì. *Manz.* Pues à Dios. *Vaſe.*
Lope. Seguirle aora es mejor.
Luiſa. Don Lope? eſſa empreſſa es vana,
ſi eſtà caſada tu hermana.
Lope. Seguirle importa à mi honor,
que mi venganza ſe allana
con ſeguirle deſde aqui. *Vaſe.*
Luiſa. Pues yo tengo de ir tràs tì,
y irè à aviſar à Doña Ana. *Vaſe.*
Salen Don Juan, Don Felix, Doña Ana, y Inès tapadas.
Juan. Por el contento de verte
te perdono el ſentimiento,
Felix, de eſtàr en Madrid,
ſin verme à mì lo primero.
Felix. Señor, empeños de amor
tienen diſculpa, y te ruego,
que à èſte no falte tu amparo.
Ana. Porque os haga mas empeño,
me deſcubrirè con vos: *Deſcubreſe.*
conoceiſme aora? *Juan.* Què veo!
luego Don Felix, ſeñora,

fue

fue quien osado, y resuelto,
os sacò de vuestra casa?
Ana. Si señor, que èl es mi dueño.
Inès. Si señor, y à mì tambien,
que es lo peor que hay en ello,
que soy una doncellita,
y sabe Dios lo que pierdo.
Juan. Felix, yo me huelgo mucho
de que este sea tu afecto,
que es mi señora Doña Ana
con quien casado te tengo,
y esto està luego ajustado.
Felix. No es tan facil como esso,
porque aquesta mi señora
no quiere, à lo quo yo entiendo,
que logre yo tanta dicha.
Ana. No señor, que yo sì quiero,
sino que èl, por un engaño,
que le hacen injustos zelos
de un hombre::- *Juan.* Tened, señora,
entraos conmigo acà dentro,
que no es esso para aqui:
venid, que con mas secreto
me dareis cuenta de todo:
quedate tù aqui. *Felix.* Aqui espero.
Ana. Ay ingrato! quiera amor
que se reconozca el yerro. *Vanse.*
Inès. Ay Virgen! còmo es posible
que yo desate este enredo?
que à puro tirar la soga
me han hecho ya el nudo ciego.
Felix. Què miro! ò miente la vista,
ò el que alli viene es Don Diego:
sin duda ya èl me conoce:
aqui retirarme quiero
hasta saber lo que intenta. *Retirase.*

Sale Don Diego.

Diego. Que es Don Felix de Toledo
en la posada he sabido,
y assi aqui à buscarle vengo.
Inès. Señor Don Diego? *Diego.* Tù aqui?
ya un seguro indicio tengo
de que he hallado à mi enemigo;
voy à buscarle allà dentro.
Inès. A dònde vais? *Diego.* A vengarme.
Inès. Ay Virgen! aqui me pierdo:
señor Don Diego, escuchad,
y no vais à hacer un yerro,
engañado de otro mio,
que todo esto es un enredo
de esta triste pecadora,
sin que mi señora en ello
entre, ni os haya querido;
que aunque sois galàn, lo mesmo
es veros à vos, que al diablo:
no penseis que os lisongeo,
que peor le pareceis;
pero yo, señor, que tengo
mas tierna la voluntad,
fingì favores supuestos
de parte de mi señora,
y os he engañado con ellos,
que ni ella sabe de vos,
ni de vuestro galanteo,
ni que os hablè por la rexa;
y si una musica os debo,
ya os la pago en lo que canto,
que dàdivas, y dineros
bien valen lo que por mì
haveis estado creyendo.
Yo me acuso, que he quebrado
el octavo mandamiento,
levantando un testimonio,
que para mì era de hierro,
pero para vos fue paja,
con que aqui obligado os dexo
à no tomarlo en la boca,
pues por paja tiene riesgo. *Vase.*
Diego. Oye, Inès, escucha, espera:
corrido, y sin alma quedo!

Al paño Don Felix.

Felix. Cielos, què es lo que he escuchado?
que no me cabe en el pecho
el gusto del desengaño:
ay Doña Ana! amado dueño,
mil veces perdon te pido.
Diego. Pues en èl, viven los Cielos,
me he de vengar, que no importa
ser mis favores supuestos,
para haverle yo fiado
mi amor, y engañarme luego.
Sale Don Felix. Pues para esso estòy aqui.
Diego. Mucho de hallaros me huelgo.
Felix. Pues si de mì teneis quexa,
porque vos, señor Don Diego,
me dixisteis vuestro amor,
y el mio os tuve encubierto;
sabed, que diciendo vos,
que erais querido primero,
no podia ser mi Dama

la que à dos amaba à un tiempo:
pero aora que he ſabido,
que ſolo fue engaño vueſtro,
es mi Dama, y yo la adoro,
y ya en el alma la tengo;
y ſiempre que la miràreis,
vereis delante mi acero.

Diego. Para eſſo de aqui ſalgamos.

Felix. Andad, que ya os voy ſiguiendo.

Sale Manzano.

Manz. Jeſus, ſeñor. *Felix.* Dònde vàs?

Manz. Vengo molido los hueſſos.

Felix. Pues de què?

Manz. Traigo una maza.

Felix. Què dices? eſtàs ſin ſeſſo?

Manz. Si ſeñor, porque Don Lope,
para venirme ſiguiendo,
ſe me agarrò de la cola,
y hele, que ya entra acà dentro.

Diego. No importa, que pues conmigo
teneis ya acetado un duelo,
yo he de eſtàr à vueſtro lado
haſta ajuſtarle primero.

Felix. Eſſo no he meneſter yo.

Sale Don Lope.

Lope. Aqui entrò el criado: Cielos,
Don Juan de Toledo vive
en eſta caſa: què veo!
el hombre con quien reñì
no es aqueſte Cavallero?
ſois vos::- *Diego.* No vais adelante,
porque entre los dos tenemos
un duelo acetado ya,
y no hay lugar para el vueſtro.

Lope. Si èl es el que yo preſumo,
mi venganza es lo primero,
que el mio es duelo de honor.

Diego. No hay calidad en los duelos;
el que primero ſe aceta
ſe lleva el primer derecho.

Felix. Pues yo ſoy el que penſais.

Lope. Pues matarèle. *Diego.* Teneos,
que he de ponerme à ſu lado.

Felix. Salgamos al campo luego,
pues eſtamos dos à dos.

Manz. No ſeñor, que yo ſoy cero,
y no hago numero aqui.

Felix. Venidme los dos ſiguiendo.

Sale D. Juan. A tu lado eſtà mi eſpada:
dònde vàs, hijo? què es eſto?

Lope. Què es lo que miro! pues vos
ſois Don Felix de Toledo?

Felix. Yo ſoy. *Manz.* Mas ha de treinta años.

Lope. Pues mejor eſtà mi empeño.

Salen Doña Luiſa, y Leonor.

Luiſa. Leonor, que he de llegar tarde
à aviſarla, voy temiendo:
mas ay Dios! què es lo que miro?

Diego. Hermana, tù aqui? què es eſto?
ha traidora! *Lope.* Reportaos,
y advertid, ſeñor Don Diego,
que es mi eſpoſa Doña Luiſa,
y à mì me viene ſiguiendo.

Diego. Siendo aſsi, à mì me eſtà bien.

Felix. Don Lope, ſi vueſtro empeño
conmigo, es por vueſtra hermana,
yo os reſpondo con lo meſmo,
pues Doña Ana es ya mi eſpoſa.

Lope. De albricias de eſte ſuceſſo
os doy los brazos, Don Felix.

Felix. Yo de hermano los aceto.

Diego. Pues ſi eſto llega à eſte eſtado,
tambien yo mi quexa dexo,
y quedo mejor que todos,
pues que me quedo ſoltero.

Juan. Pues, ſeñora, ſalid vos.

Salen Doña Ana, y Inès.

Ana. A dàr à mi amado dueño
toda el alma en un abrazo.

Luiſa. Dulce fin à tanto rieſgo.

Inès. Què eſtà ya todo ajuſtado?
ſeñores, corrida quedo
de que no ſe haya ſabido,
que yo tracè eſte embeleco:
venga à noticia de todos.

Manz. Toca, embuſtera, eſſos hueſſos.

Felix. Y ſi logra vueſtro aplauſo,
aqui acaba el Cavallero.

FIN.

Con Licencia: En Valencia, en la Imprenta de la Viuda de Joſeph de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto al Real Colegio del Señor Patriarca, en donde ſe hallarà eſta, y otras de diferentes Titulos. Año 1768.

FIN.

RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T444
v.20
no.17